

maica ganados de yeguas y becerros y puercos y ovejas y gallinas de Castilla y cabras, para multiplicar por la tierra, "porque la provincia de Coatzacoalcos era buena para ello". Y esta expedición de Diego de Ordaz la formó con los más adictos a Narváez, que mandó soltar, quedando presos únicamente Narváez y Salvatierra y a los más les restituyó sus armas y sus caballos, con enojo de sus propios soldados que en combate las habían ganado.

Tanta generosidad para los vencidos irritó a los de Cortés que le reclamaron diciendo que quería imitar a Alejandro de Macedonia, que después que con sus soldados había hecho una hazaña, más procuraba honrar y hacer merced a los que vencía que no a sus capitanes. A lo que Cortés respondió que todo cuanto tenía, su persona y sus bienes, era para sus soldados, pero que al presente no podía dejar de hacer dádivas y halagos a los de Narváez porque eran muchos y si estaban descontentos había peligro de que se levantasen. Y como le objetase un Alonso de Avila con palabras descompuestas, Cortés dijo "que no lo siguiese quien no quisiere, que al fin, las mujeres han parido y paren en Castilla soldados". No se quedó Avila sin responder que también parían Capitanes, Generales y Gobernadores. Tras de este altercado que Cortés soportó con paciencia, al de Avila procuro emplearlo en comisiones honoríficas, pero distantes, por ejemplo a Santo Domingo y más tarde a España, a conducir el tesoro de Moctezuma.

Lo que más asombra al observador contemporáneo es la seguridad con que Cortés actuaba, deshaciéndose de soldados, iniciando expediciones remotas, mandando traer crías de animales, cuando aun la empresa militar de la conquista estaba tan dudosa. Algunas de las expediciones decretadas no llegaron a consumarse porque las nuevas de México obligaron a Cortés a reunir a toda la gente disponible para correr en auxilio de Alvarado que se hallaba sitiado y comprometido.

EL METODO DE CORTES

Hasta el momento de destruir a Narváez, Cortés funcionaba como Capitán General del Reino, pero no daba sus órdenes di-

rectamente, sino a través de los caciques nativos que se habían subordinado y del propio Moctezuma. Creó así Cortés en este primer período de la conquista, un sistema que más tarde ha sido de uso general entre los ingleses, sobre todo en los países sometidos del Asia. Sostener a los gobernadores nativos asesorándolos de un residente o funcionario inglés que es el que manda en todos los asuntos importantes y maneja las relaciones exteriores, tal es el método que Cortés inventara y que le sirvió para ir ganando el poderío que más tarde le permitiera prescindir de las autoridades aborígenes.

Al ausentarse Cortés de México, Pedro de Alvarado quedó, según se ha visto, con el carácter de lo que hoy se llamaría un residente General. La autoridad directa la conservaba Moctezuma, pero éste, a su vez dependía del capitán español. Y como no tenía Alvarado la prudencia de Cortés, la habilidad del residente, sino sólo la arrogancia del soldado, resultó que provocó la rebelión. El pretexto fué una festividad en que los indios se desmandaron, instigados por los inconformes con el sometimiento a los españoles y alentados por lo escaso de la guarnición española. El hecho es que pronto se vió Alvarado en estado de sitio y amenazado de muerte. Cortés, a grandes marchas, acudió en su auxilio, acompañado de los soldados de Narváez que de amenaza se habían convertido en auxilio providencial; numerosos indios armados de flechas y lanzas acompañaban al conquistador. La victoria sobre Narváez, conocida inmediatamente por tlaxcaltecas y mexicanos, aumentó el crédito de Cortés y puede decirse que ella salvó también a Alvarado que ya no se vió atacado, desde que se supo que Cortés retornaría como salvador. En Tlaxcala recogió Cortés dos mil indios de guerra y con ellos y sus soldados españoles, aumentados al número de mil trescientos, con noventa y seis caballos y ochenta ballesteros, se dirigió a dominar a los aztecas. Encontrólos de mal talante. Nadie acudió a recibirlo en Texcoco, y al entrar a México parecía que todos los aposentos estaban despoblados.

Moctezuma pretendió halagar a Cortés, pero éste lo trató mal. También reprendió a Pedro de Alvarado por haber atacado a los indios cuando bailaban. Se excusó éste diciendo que de todos modos ya le preparaban guerra, y que el conflicto ocurrió

porque habían pretendido los indios quitar la cruz que se había puesto en el Teocalli. Mostró Cortés mucho enojo por esto, y estaban todavía en discusiones cuando llegó noticia de que a un español que venía de Tacuba con las indias de Cortés lo habían atacado y que crecía el motín. Mandó entonces Cortés a Diego de Ordaz con cuatrocientos hombres a investigar lo que ocurría, y no iba Ordaz a media calle, cuando salieron escuadrones de guerreros mexicanos y otros muchos aparecieron por las azoteas y le dieron gran pelea, matándole ocho soldados e hiriendo a muchos más. A la vez, otros escuadrones atacaron los aposentos de los españoles con flechas y piedras hiriendo a cuarenta y seis y matando a doce. Diego de Ordaz hubo de retroceder encontrando gran dificultad para volver a los aposentos. Mataban los españoles muchos guerreros, pero una multitud aparecía para reemplazarlos y los indios gritaban insultos; por último, pusieron fuego a las habitaciones de los españoles con la intención de quemarlos vivos. El fuego se pudo apagar derribando algunos muros, pero duró el combate todo el día y siguió en la noche. Después de pasarse ésta curando heridos, al amanecer dió Cortés orden de salir a pelear todos juntos. Igual decisión tomaron los mexicanos que resistían, dice Bernal Díaz, "como otros tantos Héctores troyanos y otros tantos Roldanes, y no aprovechaban tiros ni escopetas ni matarles treinta ni cuarenta, porque cada vez arremetían con más fuerza". Aprovechaba a los mexicanos la topografía aislando cada casa al levantarse los puentes, los españoles tenían que meterse en el agua para continuar la persecución; tanto que después de perder unos doce soldados tuvieron los iberos que retraerse a sus aposentos seguidos de los indios que los llamaban bellacos y los ensordecían a silbidos e insolencias.

Durante dos días ya no hicieron los españoles otra cosa que sostenerse en sus posiciones, constantemente amagados. Sin embargo, idearon una estratagema que pudiera tomarse como anticipación de los tanques de la guerra moderna: construyeron, dice Bernal Díaz, cuatro ingenios a manera de torres ambulantes y de madera, dentro de los cuales podían caber veinticinco hombres, y tenían ventanillos y agujeros para los tiros. Al lado de estas torres los de a caballo hacían arremetidas. Mientras pre-

paraban estas máquinas, se sentían acosados por los indios que les gritaban amenazas de que se habían de comer sus brazos y piernas, después de sacrificar sus corazones a los ídolos. De los indios tlaxcaltecas que con los españoles estaban decían, que los pondrían a cebar para comérselos poco a poco.

Amaneció el tercer día y salieron los sitiados con sus torres y sus caballerías, pero les dieron los indios guerra tenaz. Determinaron entonces los españoles "aunque les costase la vida", dirigirse a donde estaba el gran adoratorio, el teocalli azteca de Huichilobos. En vano intentaron en el camino prender fuego a las casas porque estando en el agua no ardían bien. Abriéronse paso, sin embargo, hasta el teocalli y de repente vieron subir en él hasta cuatro mil mexicanos prestos a defenderlo con lanzas y piedras. Y no bastaron las torres que quedaron desbaratadas, ni los caballos daban buen servicio porque estando el contorno enlosado resbalaban y caían en tierra. Y aunque los tiros mataban hasta diez o quince indios y las estocadas mataban muchos, otros arremetían en gran número. Y aquí, dice Bernal Díaz, se mostró Cortés "muy varón como siempre lo fué. . . Y era cosa de notar, vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas y otros muertos; y quiso Nuestro Señor que llegásemos a donde solíamos tener la Imagen de Nuestra Señora y no la hallamos, que pareció, según supimos, que Moctezuma tenía devoción en ella y la mandó guardar; pusimos fuego a sus ídolos y se quemó un buen pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Texcatepuca". En todo esto ayudaron bien los tlaxcaltecas, pero los mexicanos no cesaron y continuaban haciendo daño, a tal punto, que con sus torres deshechas tuvieron los españoles que volverse a sus aposentos, y los encontraron ya derribados en parte, pero pudieron recuperar lo que quedaba.

De hecho los españoles perdieron la batalla de aquel día, pues en la noche volvieron a verse sitiados y destrozados, lamentándose los de Narváez de su suerte. Pero, en realidad, fué aquel uno de los días gloriosos de la conquista, una de las fechas que solazan el corazón, porque en él había caído para siempre de su pedestal el Dios Huichilobos, maldición de la tierra azteca.

LA MUERTE DE MOCTEZUMA

Habiendo rogado los españoles a Moctezuma, que seguía preso entre ellos, que hablase desde las azoteas a los indios que persistían en el ataque, advirtió el Monarca que de nada servirían sus ruegos dado que ya los descontentos habían nombrado otro Señor. Subió, sin embargo, a una terraza, por insistencia de sus captores, y a punto que recomendaba no dieran más guerra, los suyos le dieron tres pedradas, una de ellas en la cabeza, de la cual murió a poco rato. Así que Cortés y sus gentes supieron la muerte de Moctezuma, le lloraron, dice Bernal Díaz, como a un padre, pues así de bueno había sido con ellos. Cortés "lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados". Hacía diecisiete años que reinaba y "fué el mejor rey que en México había habido".

EL ENTIERRO DE MOCTEZUMA

Con grandes honras y acompañado de algunos de los altos sacerdotes que con él habían estado presos, hizo Cortés entrega del cadáver de Moctezuma a los amotinados de la ciudad. Echóles en cara, al mismo tiempo, la muerte del Monarca, y les pidió que cesasen en sus ataques y que enviasen parlamentarios a fin de establecer las bases conforme a las cuales los españoles se retirarían de la capital con sus aliados tlaxcaltecas.

Recibieron los mexicanos los despojos de su Rey con grandes muestras de pena. "Desde que lo vieron muerto hicieron muy gran llanto, que bien oímos los gritos y aullidos que por él daban".

En cuanto a mostrar arrepentimiento por lo ocurrido, no hubo de ello la menor seña; lo contrario, la lluvia de flechas y piedras arreció sobre el cuartel español y las amenazas: "Ahora pagaréis la muerte de nuestro Rey y el deshonor de nuestros ídolos". Y añadían que ya tenían elegido buen Rey que no sería tan flaco como Moctezuma ni se dejaría engañar con buenas palabras, y que pronto no quedaría uno solo de los castellanos. Visto lo cual Cortés resolvió forzar al día siguiente la salida causando a su paso todo el daño posible. Y se combatió una jornada entera y se mataron muchos indios y se quemaron vein-

te casas, pero no pudieron los de Cortés ganar un solo puente a los indios.

“Veíamos nuestras muertes a los ojos” dice Bernal Díaz, y los puentes estaban alzados. Se decidió entonces intentar la salida de noche, cuando los indios estuviesen descuidados. Y para mejor engañarlos mandáronles decir los españoles que se saldrían a los ocho días y devolverían todo el oro, si ya los dejaban en paz. Y un nigromante o astrólogo que andaba con los de España y que se decía Botello, “al parecer muy hombre de bien y latino” y que había estado en Roma, afirmó que si aquella noche no se efectuaba la salida que ninguno saldría con vida. Y este mismo astrólogo afirmó que Cortés pasaría muchos trabajos y había de ser desposeído de su ser y honra y después de lo cual volvería a ser Gran Señor, e ilustre, de muchas rentas. Se dió, pues, orden para que se hiciese de tabla y maderas un puente para poner sobre los que estaban quebrados; para protegerlo hasta que pasasen todos, se señalaron cuatrocientos indios tlaxcaltecas y ciento cincuenta soldados; para llevar la artillería se designaron doscientos indios tlaxcaltecas y ciento cincuenta soldados y para que fuesen en la delantera peleando, se nombró a Gonzalo de Sandoval y a Diego de Ordaz con una capitania de cien soldados mancebos sueltos que irían mediando y acudiendo a la parte que más conviniese pelear; el mismo Cortés y Alonso de Avila y Cristóbal de Olid marcharían al centro con otros capitanes, y, a retaguardia, Pedro de Alvarado y Velázquez; en medio de capitanes y soldados de Narváez, iban doña Marina y los prisioneros, protegidos por trescientos tlaxcaltecas y treinta soldados. El tesoro se cargó en los caballos heridos que no podían pelear, cargado todo a bulto; se repartió entre los soldados el oro que ya no se pudo cargar, declarando, al efecto, Cortés, ante Notario, que así lo hacía “para que no quede perdido entre estos perros”.

Y algunos soldados se cargaron de oro, y otros más prudentes, como Bernal Díaz, no tuvieron “codicia sino procurar salvar la vida” “mas no dejé de apañar, agrega, una cazuela con piedras chalchivis, jades muy apreciados entre los indios, los cuales me eché en el pecho, entre las armas y fueron después buenas “para curar mis heridas y comer del valor de ellas”.

Estaba la noche oscura y lluviosa y se comenzó a sacar el puente y el fardaje, con los caballos y las yeguas y los tlaxcaltecas cargados con el oro. "Y de presto, se puso el puente y pasó Cortés y los demás que consigo traía primero, y muchos caballos. Y estando en esto, suenan las voces y silbidos y cornetas de los mexicanos y decían en su lengua a los de Tlaltelolco: "Salid presto con vuestras canoas, que se van los teules y atajadlos que no quede ninguno con vida".

Y cargaron sobre los prófugos tantos escuadrones de guerra que "no podían valerse" y la laguna se cuajó de canoas. Y sobre el puente cargó tal multitud de mexicanos, que no se daban a manos para matar y herir a los que huían. Y, comenta Bernal, "como la desdicha es mala, en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, pues como llovía resbalaron dos caballos y cayeron en la laguna. Y el puente, al fin, se vino abajo y en la abertura cayeron muchos caballos e indios y bultos, pero los que habían pasado tiraron por la calzada adelante". Y en ella hallaron muchos escuadrones que estaban aguardándolos con lanzas y les decían vituperios: "¡Ah, cuilones, y aun vivos quedáis!" A estocadas y cuchilladas se abrían paso los fugitivos. Y allí quedaron muertos seis españoles y, como dice Bernal, "si había algún concierto, maldito aquél, porque Cortés y los capitanes que pasaron primero a caballo, por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar su vida, agujieron por la calzada adelante y no la erraron". También salieron en salvo los caballos con el oro y los tlaxcaltecas y "digo que si aguardáramos en el puente, así los de a caballo como los soldados, allí fenesciéramos todos". Pues en el puente se quedaron escopetas y ballestas y para defenderse por la calzada sólo contaron con las cuchilladas que lanzaban para abrirse paso... "Y si hubiese sido de día peor fuera".

Por la calzada de Tacuba, Cortés, con Sandoval y Cristóbal de Olid hizo un alto para esperar a su gente. Y como algunos pidiesen a Cortés que regresase para salvar a los que habían quedado en el puente, el conquistador respondió "que los que habían salido era milagro". Sin embargo, se acercó de nuevo a la ciudad y a poco rato vióse llegar a Pedro de Alvarado que era el de la retaguardia, "a pie, bien herido y con una lanza en la mano porque la yegua se la habían muerto y traía consigo cuatro

soldados tan heridos como él y ocho tlaxcaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas". Y al ver Cortés el estado en que venía Alvarado se le saltaron las lágrimas de los ojos, sobretodo cuando informó Alvarado que Juan de Velázquez y más de ochenta soldados habían muerto en el puente. Y sobre si Alvarado dió salto sobre algún puente, según quiere la leyenda, Bernal Díaz dice: "que en aquel tiempo ningún soldado se paró a ver si saltaba poco o mucho porque harto teníamos con salvar nuestras vidas que estaban en gran peligro de muerte, según la multitud de mexicanos que sobre nosotros cargaba. De suerte que es burla todo lo que Gómara dice sobre el salto".

En Tacuba, saliéndose del camino para evitar el ataque concertado de todos los pueblos, ganaron los españoles el rumbo de Tlaxcala, por los cerros donde se guarecieron en unos cúes indígenas. Ni allí dejó de alcanzarlos la saña de los mexicanos que los atormentaban con lluvia de varas y piedras. El sitio en que se refugiaron los españoles es donde hoy está situada la Iglesia de los Remedios. No tenían comida ni con que curar sus heridas que "estaban hinchadas y dolían", pero "más de llorar fué los caballeros y esforzados soldados que faltaban, como Juan Velázquez de León y Francisco de Morla y un Lares, el buen jinete y otros muchos de los nuestros", y de los de Narváez todos los más "en las puentes quedaron cargados de oro". Y al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió "con su caballo".

En el puente murieron también los hijos e hijas de Moctezuma y los demás prisioneros, y se salvaron veintitrés caballos, perdiéndose tiros y ballestas. Y lo peor de todo, dice Bernal, es que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlaxcala. Al oscurecer volvieron a verse los invasores, cercados de mexicanos que los atacaban con hondas y flechas, por lo que se acordó salir otra vez de aquel reducto a media noche, "con los tlaxcaltecas como guías, por delante, los heridos en medio y los cojos con bordones y los que no podían andar, en ancas de los caballos cojos, y los de a caballo, que no estaban heridos, delante y a los lados. Y según avanzaban los que estaban sanos, hacían cara a los mexicanos que no cesaban de acometer y gritaban: "No quedará ninguno de vosotros con vida".

Pero llevaba alegría la columna, dice el cronista, porque "a nuestra Doña Marina y a Doña Luisa, la hija de Xicoténcatl, las escaparon en los puentes los tlaxcaltecas junto con una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquella".

No fué de paz el día siguiente sino otra vez de dura prueba. De los pueblos y campos de la travesía surgían ejércitos enemigos. Todo parecía adverso para el puñado de elegidos de cuya suerte dependía el porvenir de México.

Peleaban sin haber dormido ni comido y sin otro amparo que el de la Divina Providencia que a pesar de todo, había resuelto salvar a la nación mexicana de las iniquidades del régimen azteca. En Cuautitlán hicieron un alto los derrotados para hacerse de provisiones y para descansar, aunque toda la noche estuvieron acosados. Temprano, según caminaban por un llano, se vieron de nuevo detenidos por numeroso contingente de guerreros, lo que decidió a Cortés a hacer de flaqueza fuerza embistiendo por delante los de a caballo de cinco en cinco y detrás los soldados. Y estuvieron unos y otros revueltos y pie con pie y "qué cuchilladas les dábamos, y con qué furia los perros peleaban" y "qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos; y los de a caballo, a campo llano alcançaban a su placer y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Y aun los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo. Cortés y Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval y Gonzalo Domínguez y un Juan de Salamanca andaban de una parte a otra, aunque heridos, rompiendo escuadrones del enemigo". Las palabras que Cortés decía eran que las estocadas que diésemos fuese en señores señalados porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas y divisas. Y Sandoval gritaba: "¡Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos para algún buen fin!"

Y decía la verdad, pues si hubiesen triunfado los indios, no se podía ya esperar de ellos otro fin que el haber vuelto toda la tierra de México al oprobio de los humanos sacrificios.

“El Señor Santiago que, ciertamente, nos ayudaba, cuenta Bernal Díaz, y nuestra Señora la Virgen y Jesucristo nos ponian grande ánimo en el corazón. Y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes, en parte donde andaba con su grande escuadrón el Capitán General de los mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería, rodeado de sus principales. Y desde que Cortés lo vió dijo a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olid y demás capitanes: ¡Ea, señores, rompamos por ellos y no quede ninguno sin herida! Arremetieron y el caballo de Cortés dió un encuentro al capitán mexicano que le hizo abatir su bandera, y los demás capitanes acabaron de romper el escuadrón. Muerto el capitán, aflojó el batallar de los indios y todos los de a caballo los persiguieron y “no teníamos hambre ni sed sino que parecía que no habíamos pasado ningún mal ni trabajo. Y seguimos la victoria hiriendo y matando pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones”. En esta batalla estuvo la flor de México y de Texcoco. Fué ésta la batalla librada cerca de Otumba. La salida de México había tenido lugar el catorce, en la llamada Noche Triste.

Y los españoles que habían entrado a México en número de mil trescientos, más dos mil tlaxcaltecas, se veían reducidos a menos de quinientos. De los tlaxcaltecas quedaron muertos mil.

En los límites de Tlaxcala, ignorantes aún de cómo los recibirían sus antiguos aliados, disponíanse los de Cortés a continuar defendiéndose, cuando llegaron Xicoténcatl el Viejo y otros jefes que felicitaron a Cortés y lo abrazaron porque había salido con vida y le alabaron el arrojo con que logró escapar a tan poderosos enemigos y lloraron no sólo por sus muertos, sino también por Juan de Velázquez que se había casado con la hija de Xicoténcatl. No cabe duda que, en tan decisivo momento de la conquista, fueron los tlaxcaltecas, quienes decidieron su curso. Pues si ellos también hubieran hecho guerra contra los españoles, seguramente allí los acaban. La táctica de Cortés de ir creando amigos por donde pasaba, su sinceridad en esas amistades, decidió en este caso todo el éxito de su empresa. Hasta treinta mil soldados preparaba Xicoténcatl para ir en auxilio de Cortés, pero

no llegó a juntarlos, precipitándose antes cuanto se acababa de narrar.

En Tlaxcala Cortés no tomó reposo. Mandó correos a Veracruz con instrucciones que le mandasen los que no estuviesen "dolientes" entre los soldados, y que cuidasen bien de Narváez. Sin dar más detalles de su derrota, explicó que se proponía emprender algunas correrías por la capital de los mexicanos. Y otra vez mandó desarbolar los dos últimos navíos de los de Narváez que quedaban listos para navegar, a fin de que nadie pensase en fugas y ordenó que los marineros se le reuniesen sin demora. De éstos sólo llegaron siete y muy flacos; los demás "se habían muerto de fiebres o estaban dolientes". Los de Narváez insistían en regresar a Cuba, pero logró Cortés atraerlos nuevamente y todos juntos, con cerca de dos mil tlaxcaltecas, emprendieron una excursión a Tepeaca, con el objeto de castigar el asesinato que allí se había cometido sin causa, de dieciséis españoles que iban camino de Veracruz a México, antes de la evacuación de la ciudad. Nótese a Cortés haciéndola de gobierno en su derrota, organizando lo que hoy se llaman "expediciones punitivas", para salvar el "prestigio español", según la frase que más tarde adoptarían los ingleses en sus guerras coloniales. Pero Cortés no iba nada más como azote; antes procedía como caballero. Así, con buenas razones, mandó requerir a los de Tepeaca que mandasen salir a los escuadrones mexicanos que allí habían llegado para inducirlos a la guerra, y que diesen explicaciones por la muerte de los españoles. Los tlaxcaltecas apoyaron estas expediciones porque estaba ya declarada prácticamente la guerra entre ellos y los mexicanos que les hacían fechorías, les incendiaban las casas en los pueblos fronterizos, todo por causa de su alianza con los de Cortés. Contra esta alianza andaba intrigando Xicoténcatl el Mozo, que se decía en comunicación con el nuevo monarca azteca Cuadlavaca o Cuitláhuac. El padre de Xicoténcatl, sin embargo, y los viejos de Tlaxcala, opinaron contra la alianza con los mexicanos, los enemigos tradicionales, y en favor de una estrecha colaboración con los "teules" que ya los adivinos habían predicho, vendrían por el oriente a reinar sobre aquellas tierras.

Se presentaron los parlamentarios de Tepeaca muy bravos, por la victoria que acababan de obtener los indios en México

y Cortés los trató muy bien, les hizo obsequios y les dijo: "que no tengan cuidado por los españoles muertos, que ya no los podían dar vivos y que venga ahora la paz". Pero volvieron los parlamentarios y dijeron que "al otro día buenos hartazgos tendrían con los cuerpos de los españoles". En vista de ello Cortés, que no olvidaba haber sido casi abogado, levantó acta de que procedía al castigo de los indios, porque habían matado más de ochocientos españoles en México y Tepeaca, después de haber prestado obediencia al Rey de España, etc., etc. . . Y al otro día, dice Bernal, "tuvimos una buena batalla con los mexicanos y tepeaqueños en la que prontamente fueron desbaratados los aborígenes". Después de la batalla los de Tepeaca se desertaron de las filas mexicanas y se presentaron de paz con los españoles y "dieron obediencia a su Majestad y echaron de sus casas a los mexicanos". En seguida fundó allí Cortés una población que se llamó Segura de la Frontera, porque protegía el camino de Veracruz. En ella, se nombraron alcaldes y regidores, según la buena costumbre democrática de Castilla la civilizadora.

La costumbre tlaxcalteca de tomar esclavos a los prisioneros, se hizo sentir en contra de los de Tepeaca, que no sólo eran apresados, sino marcados con hierro candente, castigo que Cortés toleró pero que muchos de sus capitanes reprobaron y más tarde persiguieron hasta hacerlo desaparecer.

CUAUHTEMOC ENTRA EN ACCION

Muerto Cuitláhuac de viruelas, el señorío del reino pasó por herencia a manos de Cuauhtémoc. De este joven príncipe se ha hecho una leyenda muy estimable; lo hemos convertido en el símbolo del principio de "independencia a toda costa". El que esto escribe ha contribuido a fortalecer la ambición de autonomía, pero en el sentido de defensa de la latinidad, la hispanidad, en contra de los avances del poderío anglosajón. Tomar a Cuauhtémoc, como ha solido hacerlo cierto indigenismo coludido con el imperialismo anglosajón, como un rival de Cortés y un patriota de quien pudiera arrancar una tradición nacional, es completamente injustificado y absurdo. En Cortés hallamos uno de los más grandes capitanes de la historia y, además, humano, civilizado;

constructor, imbuído de ideal religioso, aun más allá de los simples ideales patrióticos y políticos. El soldado de la Cruz es Cortés, y Cuauhtémoc ¿el de los sacrificios humanos? ¿El de Huichilobos? . . . ¿Lo sabía él mismo? . . . ¿Qué podía saber el pobre joven atolondrado, elevado a la primera posición de su país por un azar, y manchado, como sus colegas nobles, con las atrocidades de la guerra salvaje, las conspiraciones del pretorianismo más elemental?

En todo caso y para que nos sirva de criterio en el juicio de hechos recientes de nuestra historia nacional, compárese el proceder humano de Cortés en todas las poblaciones que tocaba, con la crueldad, los robos, los abusos, el militarismo crudo de los aztecas que acaudillaba Cuauhtémoc y se comprenderá por qué los pueblos acudían a Cortés; se tendrá el secreto del éxito de la Conquista. Un gobernante que comienza por abusar del poder, no puede defender a su patria contra el extranjero, es y será siempre el mejor cómplice, el mejor aliado del extranjero y contra los suyos. ¡Según se extendían las fuerzas de los mexicanos, así sus enemigos aumentaban, entre las poblaciones vejadas; por donde Cortés pasaba, le quedaba siempre algún amigo!

En Segura de la Frontera estuvieron algún tiempo los españoles rehaciéndose. Llegó, entretanto, a Veracruz, un barco que enviaba Velázquez de Cuba al mando de un capitán Barba. Con engaños, el Almirante de la Mar que puso Cortés y que no mandaba arriba de veinte hombres se acercó en un batel, al navío de Barba, a quien aprehendió cuando desembarcaba. En seguida desarboló el navío y mandó a Cortés los prisioneros en número escaso y con tres caballos, porque el navío era chico. Sin embargo, con el socorro hubimos gran placer —dice Bernal—, porque muchos de nuestros soldados estaban heridos y otros “adolecían porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo por la boca, como traíamos siempre las armas a cuestras y no parar noches ni días, por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado”. Más tarde aún llegó otro barco de los que Garay mandaba a Pánuco; de éste apenas se aprovecharon siete soldados porque los demás los mataron los indios en aquella región. Y aun los siete dichos venían flacos y tan “hinchados y

amarillos que aunque Cortés les hizo mucha honra, los demás soldados los llamaban los "panciverdetes", porque traían los colores de muertos". Al mes siguiente llegó otro navío de los del mismo Garay y después de prender a la tripulación con las mismas artes que emplearan contra Barba, quedó un refuerzo de cincuenta hombres y treinta y siete caballos, que luego marcharon para donde estaba Cortés. Y tanta era la autoridad que Cortés ganaba en las correrías de sus capitanes por los pueblos, y por su propio buen trato, que venían ante él "pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos". La viruela se desató por esa época haciendo estragos entre los indios, matando a muchos caciques, lo que daba lugar a disputas y divisiones por causa de la sucesión. Uno de estos pleitos de señorío fué el que decidió Cortés en favor de un sobrino de Moctezuma que residía en Izúcar. Los herederos de Moctezuma, comenzaron a ser tratados como de la nobleza española, por el reconocimiento que de Su Majestad había hecho el fallecido Monarca.

De Cuauhtémoc dice la historia que sus súbditos temblaban en su presencia. Malo es siempre un jefe que sólo se hace temer. Cortés no sólo hacía caricias —como dice Bernal Díaz— a los de su tropa, sino que a menudo se dejaba vencer de las reclamaciones justas que se le hacían; como cuando disputaron con él los soldados por el reparto de unas indias capturadas en Tepeaca, y como Juan Bono de Quexo le dijo que no podía soportar vivir en una tierra en que había dos Reyes, el de España y Cortés "que se apartaba un quinto de los tesoros". A este Bono, en vez de mandarlo matar a lo azteca, en vez de engañarlo le dió trescientos pesos para que se fuese a Cuba a reunirse con los suyos. Y a los de Narváez que insistieron en largarse, les mandó dar dinero y barco, respondiendo a los soldados que se oponían a que así se diezmara el escaso ejército, "que valía más estar solo que mal acompañado".

EL ASEDIO DE MEXICO

Visto que no se podía atacar la ciudad por las calzadas, Cortés decidió aprovechar el costado de la Laguna. Y al efecto mandó construir trece bergantines. En Tlaxcala, de camino otra

vez para México, Cortés vistió de luto por la muerte del cacique Masescasi que, con Xicoténcatl el Viejo, había sido el amigo de los españoles, y en el mando colocó a su hijo. En esta ocasión Xicoténcatl Viejo, a ruegos de Cortés, abrazó el cristianismo y con ese motivo hubo una gran fiesta.

Para embrear los bergantines hacía falta pez. Con maderas de la región y hierros traídos de Veracruz, había hecho Martín López una faena notable. En seguida, cuatro hombres de la mar hallaron resina de unos pinares y con ella pudieron hacer pegamento. Y cuando Cortés pidió a Xicoténcatl diez mil hombres de guerra para avanzar sobre México, el Rey tlaxcalteca, que ya se llamaba por el bautismo, Don Lorenzo de Vargas, dijo que no sólo diez mil, sino muchos más "si los quería llevar".

Y un día después de la Pascua de Navidad del año mil quinientos veinte, se emprendió la marcha, y cuando estuvieron las tropas a la vista de los lagos y ciudades del Valle, "dimos muchas gracias a Dios, dice Bernal Díaz, que nos las tornó a dejar ver".

Advertirá el lector la comprensión genial de Cortés que no perdió el tiempo en andar por los pueblos sometiendo poblaciones ya esclavas del primero que quería sojuzgarlas, sino que asestaba golpes con audacia increíble sobre las cabezas de la resistencia. Desaparecidas éstas no queda nadie en países donde no hay ciudadanos. La conquista hubiera sido imposible sin la abyección general que tenía a los pueblos acostumbrados al yugo azteca. En estas condiciones, desaparecido el grupo de los caciques, no quedaba pueblo que diese pelea. Otro tanto ocurrió cuando los norteamericanos invadieron a nuestro México militarizado; con hacerse de Santa Anna bastó para que la defensa se derrumbase. De suerte que cuando cae un déspota nunca se sabe si el pueblo que lo soportara fué también vencido o se ha liberado indirectamente. Pues soportar un despotismo es ya la peor de las desgracias. Cortés sabía, por experiencia, que una vez preso el monarca quedaba reducida toda una nación. Y a eso iba a México, a apoderarse de Cuauhtémoc tal como se había apoderado de Moctezuma. La táctica la inventó Cortés. Ni siquiera se cuidó de alistar grandes ejércitos con masas indígenas: de estorbo le hubieran servido. Le bastó con dirigirse otra vez a la cabeza, una cabeza

no de estadista, sino de guerrero que no se limita a pelear, se entromete a gobernar. Y porque allí donde sólo hay una cabeza, un Cacique Máximo, un Cuauhtémoc, un Porfirio Díaz, un Santa Anna, un solo caudillo, la derrota nacional es inevitable. Los guerreros de Cuauhtémoc eran siervos, no de una patria, sino de un personaje. Los españoles eran también súbditos, pero de un Rey que también solían llamar a cuentas, como llamaban a cuentas, a cada momento, a su Capitán Hernán Cortés. Dondequiera que chocan hombres ilustres con siervos, el resultado está previsto: triunfan los que son señores y triunfan con beneplácito de la historia, en beneficio de la civilización.

Al acercarse a Texcoco encontraron los españoles despobladas las aldeas. En el paso de un puente intentaron oponérseles unos escuadrones aztecas que fueron fácilmente vencidos. Por los prisioneros capturados se supo que había diferencias y bandos entre los de Texcoco y los de México y que por eso no se había verificado un ataque de concierto. Además, la viruela cundía entre los indios. Invitado por el cacique local, Cortés ocupó a Texcoco. Sin embargo, a poco de entregar la ciudad, el cacique desapareció para unirse a los mexicanos. Lo que Cortés aprovechó convocando a los principales y entre ellos a los que tenían rivalidades con el prófugo y, en su lugar, estableció a un cacique que era pariente de Moctezuma. Se celebraron con este motivo grandes fiestas y de toda la comarca acudieron los indios para rendir pleitesía "al nuevo señor de Texcoco". La principal condición que Cortés le impuso a su hechura de Rey fué que abrazara el cristianismo y aprendiese el castellano. A este efecto, dejó a su lado como ayo a Don Antonio de Villa Real y a un bachiller que se decía Escobar. Al lado de este cacique fiel pudo Cortés organizar sus preparativos contra México. Ensanchando algunos canales, concluyó de construir y lanzó a flote los bergantines. Los indios de la comarca pronto se dieron por vasallos del Rey de España.

Y estando los tlaxcaltecas deseosos de guerrear con los mexicanos y porque los bastimentos escaseaban en Texcoco, se resolvió consumir una entrada por Ixtapalapa, pueblo muy adicto a los mexicanos. Con los tlaxcaltecas, que eran como siete mil, y algunos capitanes y en compañía de caciques texcucanos enemigos

de Cuauhtémoc, se emprendió el avance. Pie a tierra esperaron los de Ixtapalapa, reforzados por cerca de ocho mil mexicanos enviados por Cuauhtémoc en su auxilio; pero los caballos rompieron en ellos y las ballestas y los tlaxcaltecas que se metían en las filas enemigas como perros rabiosos. Presto dejaron el campo los mexicanos y se metieron al pueblo. Y una vez en el pueblo entraron los indios a sus canoas y dejaron que los españoles se apoderasen del caserío que a media noche inundaron, soltando las acequias y abriendo una calzada que "de presto se hinchó toda de agua". Allí murieron muchos tlaxcaltecas que no sabían nadar y los de España, dice Bernal, salieron "bien mojados y con la pólvora perdida". Y agrega: "estábamos con mucho frío y sin cenar y lo peor de todo era la burla la grito y los silbos que nos daban los de Ixtapalapa desde sus canoas".

Al amanecer aparecieron batallones que venían de México a dar guerra, y harto fué que no desbarataran a los españoles que tuvieron que regresar a sus bases de Texcoco, "sin ganar mucha reputación en aquella batalla", confiesa el cronista.

La tiranía hacía su efecto. De todos los rumbos seguían llegando comisiones de indígenas a quejarse con Cortés de los desmanes de los delegados y milicianos de México; todo el mundo temía a Cuauhtémoc, pero nadie lo amaba. En su misma derrota tenía más poder moral Cortés que el otro en la ufania del triunfo. Y con razón se ha dicho que fueron los indios los que hicieron la conquista. Pues sin la desesperación de las poblaciones, largo tiempo sometidas a la iniquidad, no habría sido posible la hazaña de Cortés, ni con todo su genio. Cada vez que los mexicanos castigaban un poblado era la costumbre de tomar las mujeres de los vencidos para violarlas y a los hombres para comerlos. Cuando la guerra civil ocasiona semejantes atrocidades, lo natural es que el extranjero sea recibido como libertador. Eso explica el papel de Cortés en aquellos momentos augurales.

Tan seguro de su misión se hallaba Cortés que sin descuidar los preparativos de guerra insistía a cada paso en los medios de evitarla. Y fué así como envió una embajada a Cuauhtémoc proponiéndole las paces. Lejos de ceder, Cuauhtémoc mandó órdenes para que todo español que fuese capturado se le llevase a México para hacerlo sacrificar. El duelo religioso, que era el fon-

do de la guerra de la conquista estaba próximo al desenlace. Y ningún hombre que tenga elemental concepción de los valores de la cultura dejará de sentirse solidarizado con los españoles. La mayoría de nuestros indios ya lo estaba. Y Doña Malinche, dando hijos a los españoles, era el símbolo de la nueva nacionalidad que se impondría a la barbarie aborigen.

“Como los capitanes eran hombres de fiar —dice Cortés en su relación—, yo me metí en los bergantines porque la más aventura y riesgo era el que esperaba por el agua”. Y mientras Gonzalo de Sandoval atacaba a Ixtapalapa con cosa de cuarenta mil indios y dos o trescientos españoles, Cortés en los bergantines, después de romper la guarnición de un cerro vecino, en desembarco que le costó veinticinco hombres, entró por la Laguna y de improviso fuéronse sobre de él hasta quinientas canoas. Y se estuvieron contemplando los de los bergantines y los de las canoas. Y meditó Cortés que la acción decisiva era “aquella que se daba en el agua. Y plugo a Nuestro Señor —dice él mismo— que soprase un viento de tierra muy favorable para embestir sobre ellos y mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas y siguiesen tras ellas hasta las encerrar en la ciudad de Tenochtitlán”... “y quebramos infinitas canoas y matamos y ahogamos muchos de los enemigos”.

Enclavados en territorio sometido a Cuauhtémoc estaban varios principados como el de Tacuba y el de Coyoacán, que sólo esperaban la ocasión de pasarse con los españoles. De suerte que aprovechando la derrota de los de las canoas, los de Coyoacán se lanzaron sobre los mexicanos que cuidaban las calzadas y los encerraron en la ciudad, a la vez que ganaron muchos puentes al lado de los bergantines que iban cerca de la calzada de la cual se ganó casi una legua. Lo que restaba de la calzada, a media legua de la ciudad, estaba tan lleno de combatientes así como las canoas que ideó Cortés lanzar un tiro por la calzada adelante el cual hizo mucho daño. A media calzada y al amparo de unas torres donde había unos ídolos que fueron derribados, establecieron su campamento los sitiadores. Los molestó toda la noche la grita y la amenaza de los defensores y al día siguiente, primero de junio, hubo tal combate que por el agua y por la tierra, dice Cortés, no veíamos

sino gente de armas y parecía que se hundía el mundo. Pero "ganámosles una puente que tenían quitada" y una albarrada que tenían hecha a la entrada. Y con los tiros y los caballos les hicimos tanto daño que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad. Y por el lado de la laguna se abrió una zanja para dar paso a dos bergantines que obligaron a las canoas a esconderse entre las casas"

Al día siguiente se capturó a Coyoacán y en seguida se prolongaron los combates seis días, durante los cuales los bergantines hicieron mucho daño quemando casas e impidiendo la fuga de las canoas.

Cerrada la última salida de la ciudad por el lado de Tacuba que guardaba Pedro de Alvarado, Cortés entró por la calzada de Texcoco, con sus caciques aliados y con diez mil indios para "ganarle al enemigo todo lo más que se pudiese". Y con ayuda de los bergantines se continuó el asalto hasta la entrada de la ciudad, "hasta el pie de una puente de grande alzada con una torre de ídolos y a su pie una calle de agua muy ancha con otra muy fuerte albarrada". Sin los bergantines hubiera sido todo imposible, pues con su ayuda pasaron los de Cortés la corriente de agua y desembarcando ganaron las albarradas persiguiendo al enemigo, calle adelante, hasta otro puente que se ganó, echándose al agua los españoles y pasando la acequia con los indios aliados. Al llegar todos al puente que guardaba el centro de los aposentos de la ciudad, lo hallaron sin levantar porque no esperaban que hasta allí llegase el ataque; sin embargo, de las torres y azoteas hacían blanco mortífero sobre los asaltantes. A la entrada de esta plaza emplazó Cortés un tiro de cañón que hizo mucho daño a los indios "que eran tantos que no cabían en ella". Y viendo que ya no había por allí agua, los españoles "determinaron de les entrar la plaza y como vieron mucha multitud de nuestros amigos que nos seguían, vuelven las espaldas hasta que se vieron encerrados en el circuito de sus ídolos, el cual es de cal y canto".

Pero como observasen los indios que con los asaltantes no venían gentes de a caballo, se rehicieron y embistiendo en gran número, obligáronlos a retroceder echándolos de la plaza en tal forma que aun el tiro de cañón lo desampararon: "Plugo a Dios,

dice Cortés, que en ese instante llegasen tres de a caballo, pero como los indios creyesen que eran muchos, comenzaron a huir. Y otra vez los españoles rodearon la torre y el circuito de los ídolos ganando el patio. Y como arriba quedaron 10 ó 12 principales, en la torre más alta que tiene ciento y tantas gradas, cuatro o cinco españoles subieron la torre por fuerza y aunque los indios se defendían bien, se las ganaron y los mataron a todos". Después de lo cual, protegiéndose con los de a caballo, Cortés mandó retroceder seguido de cerca por los enemigos que contraatacaban rabiosos. La retirada estaba segura porque ya Cortés había mandado reparar los puentes de las calzadas, y en la retirada se puso fuego a muchas casas, "para que cuando volviésemos a entrar de las azoteas ya no nos hiciesen daño". Este mismo día, por el otro extremo de la ciudad, Pedro de Alvarado penetró algunas calles combatiendo reciamente. Y según se prolongaba el sitio, aumentaba el número de los naturales que venían a ofrecerse de aliados a Cortés. Entre ellos Ixtlixóchtli con veinte mil hombres de guerra que antes habían sido vasallos de los mexicanos. Después de esto, los de Xochimilco también se ofrecieron, "rogando que se les perdonase la tardanza"... Cortés, siempre diplomático, lejos de despreciarlos, dice: "Los recibí muy bien y me holgué mucho de ellos porque si algún daño podían recibir los de Coyoacán, era de ellos".

El día dieciséis de junio, después de haber oído misa e informado a los capitanes de lo que debían de hacer, "yo sali, dice Cortés, de nuestro real con quince o veinte de a caballo y trescientos españoles y con todos nuestros amigos que eran infinita gente". "Y yendo por la calzada adelante, a tres tiros de ballesta, estaban los enemigos esperándonos con muchos alaridos, y como en los tres días antes no se les había dado combate, habían desecho cuanto habíamos cegado del agua y teníanlo más fuerte y peligroso de ganar que antes. Y los bergantines llegaron por la una y por la otra parte de la calzada y con ellos, mediante tiros y escopetas, se hacía a los enemigos mucho daño. Y con más trabajo que la otra vez volvieron a ganarse los puentes, y albarradas y se echó a los indios fuera de la plaza y de los aposentos grandes de la ciudad. Y mientras se peleaba en los frentes, a rétaguardia más de diez mil

indios ocupábanse en reparar las calzadas y puentes con piedra y adobes". "Y viendo que nos hacían tan gran resistencia, dice Cortés, comprendí que nos forzaban a que totalmente los destruyésemos y esto me pesaba en el alma y pensaba qué forma tenía para atemorizarlos de manera que viniesen en conocimiento de su yerro, y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemarles y derrocarles las torres de sus ídolos y casas". Y fué ese día cuando se quemaron los grandes aposentos en que antes habían estado sitiados los españoles, pereciendo las aves y animales que guardaba Moctezuma y "aunque me pesó mucho de ello, afirma Cortés, esto a los enemigos les puso mucho desmayo". Y lo que más desalentaba a los mexicanos era ver entrar a su ciudad, en compañía de los españoles, a sus antiguos amigos los de Texcoco y Chalco y Xochimilco. Los bergantines habían prestado grandes servicios aquel día, entrando por los canales de la ciudad incendiando casas y matando gente.

Y como no se podían guardar los puentes, porque los españoles quedaban cansados de pelear, ni se podía establecer el real en la ciudad por peligro de quedar otra vez cortados, otro día fué necesario ganar los puentes echándose a nado muchos españoles. Alvarado, por su parte, ganó varios puentes. Y por este tiempo vinieron a ofrecerse a Cortés los de Ixtapalapa, que antes lo habían combatido, y los de Churubusco y Mexicalzingo y Culhuacán, y a todos los aceptó por vasallos de S. M. y mandó que aprestasen sus canoas para lanzarlas contra los de la ciudad, y que construyesen casas en Ixtapalapa, para alojar a los españoles, porque llovía mucho y no tenían donde guarecerse después de pelear todo el día. Y juntando todas las gentes de las ciudades y del agua y sus canoas, llegó Cortés a reunir cien mil hombres y mil quinientas canoas. Y un día, por la mañana, se emprendió de nuevo el asalto. En esta vez los puentes estaban cegados hasta la plaza. Por el lado de Tacuba, se logró establecer contacto con Alvarado, que guerreaba por aquel extremo. "Y fué día de mucha victoria, dice Cortés en su relación, porque tanto del agua como por tierra hubo algún despojo". Y al día siguiente ya en-

traron de nuevo los españoles casi sin encontrar resistencia. Los sitiados se retraían, pero no daban señales de paz. Y, expresa Cortés, "nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir a los de la ciudad".

Llevaba el sitio veinte días de constante brega y pronto se vió que el paso decisivo consistía en apoderarse del mercado que surtía a la ciudad y estaba ya a sólo tres o cuatro cuadras de los sitios ganados por los españoles. Había demorado Cortés este ataque porque se hallaba el mercado protegido por las casas más altas, guardadas por guerreros en las azoteas. Pero ante la insistencia de los suyos, determinó actuar. Y se libraron órdenes a Pedro de Alvarado para que por su parte también avanzase. Cortés por la calzada con veinticinco de a caballo y los españoles que tenía y los de las canoas, entró en la ciudad y comenzó el ataque al mercado por tres calles. Y por las tres entraron "infinito número de nuestros amigos, pero los mexicanos algunas veces los retraían y aun los echaban en el agua". Los de Alvarado, entretanto, avanzaban de prisa. Cortés desconfiando mandóles decir que no avanzasen más sin cuidar que estuviesen cegados los puentes y protegida la retirada. Y aunque los de Alvarado mandaron decir que ya lo habían hecho, Cortés tuvo el presentimiento de que algo había quedado mal por aquel lado, y, en efecto, se presentó por allí hallando que el puente que se había reparado estaba deshecho y que los españoles, obligados a retirarse, caían en el agua y "los enemigos como perros dando en ellos". Y nos resolvimos, dice Cortés a morir allí peleando y en lo que más aprovechábamos, dice, era en "dar las manos a algunos tristes españoles que se ahogaban para que saliesen afuera y los unos salían heridos y los otros medio ahogados". Después de perder caballos y con gran trabajo "plúgo a Dios que salimos los que quedamos a la calzada de Tacuba, que era muy ancha". "Recogida la gente, yo con nueve de a caballo me quedé en la retroguardia, y los enemigos venían con tanta victoria y orgullo, que no parecía que ninguno habían de dejar a vida". Retrayéndose los españoles en la plaza, vieron cómo los indios, en señal de victoria, encendían sahumeros en una torre dedicada a sus "idolos, lo que no pudimos evitar aunque mucho quisiéramos", dice

Cortés. "En este desbarato, agrega, mataron los contrarios más de treinta españoles y más de mil indios nuestros amigos, y yo salí herido en una pierna". Y a los españoles que tomaron prisioneros, en una torre alta, los desnudaron y los sacrificaron a los ídolos, lo cual los hombres de Pedro de Alvarado pudieron ver bien, desde el real donde peleaban, pues en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar, conocieron que eran cristianos. Pero se había ganado en la jornada, casi hasta el mercado, y "todo se ganara, dice Cortés, si Dios, por nuestros pecados no permitiera tan gran desmán".

Derrotado parcialmente, como lo estaba, era, sin embargo, tan esforzado Cortés, que dió auxilio a los indios de Malinalco que se quejaban de depredaciones de aliados de los mexicanos, mandando, al efecto, a Andrés de Tapia con setenta hombres, y "eso que estábamos, dice, más para recibir socorro que para darlo". Sin duda, comprendía que su fama era su mejor aliado; por eso la cuidaba, particularmente en momentos en que los de la ciudad sitiada mandaban a los campos las cabezas de los españoles, como trofeos del abortado asalto del Parián.

A los cuarenta y cinco días del sitio mandó Cortés que entre todos fuesen derribando las casas de manera de dejar asolada la ciudad para forzar a los de Cuauhtémoc que heroicamente resistían, aun sabiendo que, afuera, todo el territorio estaba dominado por los españoles. En estas operaciones se emplearon ciento cincuenta mil hombres de guerra. Y pronto, con los escombros quedaron cegadas las calzadas y franco el paso hasta la plaza. Los combates parciales se prolongaron otros seis días. En una celada sobre la plaza que atacaron treinta jinetes que Cortés había ocultado en unas casas, cayeron más de quinientos indios de los principales. Esa noche, dice Cortés, nuestros aliados tuvieron bien que cenar, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron "hechos piezas para comer". En la ciudad, entretanto, el hambre atormentaba, y a medida que los aliados se amedrentaban, de afuera llegaban a Cortés aliados en tal número, que, dice, "no tenían cuento". Lentamente

se fué ganando casa tras de casa. Las casas de Cuauhtémoc cayeron y fueron quemadas y los indios restantes se retraían hacia las casas más protegidas por el agua. Y aunque Cortés insistía ofreciendo las paces, los sitiados contestaban que el último que quedase seguiría peleando, y Cortés añade: "Me ponía en mucha lástima el dolor y el daño que en ellos se hacía".

Y otra vez, en la toma de uno de los cuarteles que se hizo a pie firme murieron "como doce mil ánimas". Con los caídos usaban de tanta crueldad los indios aliados, que "por ninguna vía, a ninguno daban vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran".

Y por fin, un día mandaron decir los sitiados que "por qué no los mataban brevemente para dejarse de penar y ver en el cielo a su Señor Huichilobos", "y yo, dice Cortés, les respondí muchas cosas para los atraer y que se rindiesen y ninguna aprovechaba, aunque en nosotros veían más muestras y señales de paz, que jamás a ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros con la ayuda de nuestro Señor, los vencedores". Hubo parlamento, pero Cuauhtémoc se negó a presentarse a la plaza del mercado en donde lo estuvo esperando Cortés. En vista de ello, se consumó otro ataque a la parte aún ocupada de la ciudad, y en dicho ataque, afirma Cortés que perecieron "más de cuarenta mil ánimas". "Y era la grita y lloro de los niños y mujeres que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros, dice Cortés, teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, nunca en generación tan recia se vió, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales de estas partes". "Y nada podíamos remediar, porque éramos obra de novecientos españoles y los aliados más de ciento y cincuenta mil".

En la ciudad los muertos obstruían calles y canales y una parte de la población se salía de las casas para entregarse a los españoles y otros se echaban al agua y se ahogaban o procuraban fugarse en las canoas. Y del hambre y la peste murieron como cincuenta mil gentes. Mientras tanto, los principales y gente de guerra, se estaban arrinconados en las azoteas, obstinados en

no rendirse. Por último, en un canoa que escapaba, se prendió a Cuauhtémoc. Lo capturó García Holguín que lo llevó ante Cortés. Cuauhtémoc se limitó a decir "que de su parte había hecho su deber, y que ahora Cortés hiciese con él lo que quisiese". Y puso la mano en un puñal que tenía Cortés al cinto, pidiéndole que lo apuñalase. "E yo le animé, dice Cortés y le dije que no tuviese temor ninguno". "Y preso este Señor, concluyó la guerra el día de San Hipólito, trece de agosto de mil quinientos veintiuno, durando el sitio, setenta y cinco días".

LA MAR DEL SUR

La noticia de la caída de Tenochtitlán, la plaza fuerte del territorio, cundió atemorizando a las naciones menores. Los de Michoacán fueron los primeros en venir a ofrecer a Cortés acatamiento. Con ellos tomó Cortés informes de la "mar del sur", mostrando en seguida preocupación por encontrar el camino para dirigirse a ella. Por la mar del sur, imaginaba Cortés, habría islas con mucho oro y especiería, pues esto, dice, lo han afirmado "personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía". Fiado en ello, mandó cuatro españoles a que "no parasen hasta descubrir la mar del sur (que hoy es el Océano Pacífico) y para que de esa mar tomasen la posesión real y corporal en nombre de su Majestad el Rey de España". A los pocos días volvieron los expedicionarios con la relación del descubrimiento y con unos naturales de la dicha mar.

Con fines diversos, envió Cortés expediciones para sojuzgar a Oaxaca, fundó la villa de Medellín y ocupó Tuxtepec. Y habiéndose resuelto volver a poblar la ciudad de Tenochtitlán que había quedado toda destruída pero era tan nombrada, se hizo reparto de solares a los que se asentaron por vecinos y se nombraron alcaldes y regidores. Y a los cuatro o cinco meses ya la ciudad estaba muy hermosa. Y como le pareció a Cortés que hacía falta un puerto hacia la mar del Norte, mandó una expedición a poblar por lo que hoy es la Huasteca. Y en su Palacio de Coyoacán recibió la sumisión de los señores de Tehuantepec. Y así ganaba provincias con buenos modos y visión genial, con

fuerza si hacía falta, y con administración y habilidad consolidaba lo conquistado.

CORTES ORGANIZA EL IMPERIO

No tenía necesidad Cortés de inventar instituciones; le bastó con ir adaptando a la Nueva España lo que en su época había en España. Pero es extraordinario el acierto con que todo lo fué organizando en una forma que nadie ha superado más tarde, ni fué modificada, en lo esencial, durante siglos. Alamán, en su comentario de la conquista nos dice con razón: "Las instituciones liberales de que España gozaba, más que ninguna otra nación en aquel siglo, habían venido a ser hábito para todos los españoles. En las poblaciones españolas fundadas por Cortés, los Procuradores se reunían en Cortes para tratar toda clase de asuntos, tal como lo hacían en España. Si las cosas hubieran seguido en este pie, la Nueva España hubiera tenido, desde sus principios, una Legislatura Colonial y acostumbrada la nación a discutir libremente sus propios intereses, la Independencia se habría hecho por sí misma y no hubiera habido todas las dificultades que han tenido que vencerse para la organización del gobierno. Pero en la misma España, las instituciones liberales tocaban a su fin y en los campos de Villalba se había decidido por este mismo tiempo la cuestión entre el poder absoluto de Carlos Quinto, y la libertad, de una manera desgraciada para ésta".

Llama la atención, de todos modos, que Cortés, gran soldado, conquistador insigne, no ejerció, sin embargo, en nuestros territorios, un dominio comparable al que después se han arrogado generalillos de segunda y de tercera con título de Presidente o con simple investidura de dictadores de ocasión. Frente a Cortés se estableció, apenas llegaron las órdenes del Monarca, el poder civil representado por la Audiencia. Y no obstante que pronto Cortés se quedó con mando nominal casi; pese a su título de Capitán General, su actividad incansable no cesó de rendir provechos.

Juzgando con un criterio de justicia social moderna, no se puede aprobar el sistema de las encomiendas que Cortés iniciara, pero puestos ante la realidad en que él obraba, no había otra manera de hacer efectiva la producción. Y mala como fué la encomienda, nadie podrá sostener que era mejor el sistema azteca de tenencia de las tierras. En realidad, Cortés no hizo sino aplicar los métodos de todos los conquistadores; repartió las tierras entre los españoles. Lo hizo con franqueza. En los territorios que nos conquistaron los norteamericanos, en Texas y California, también han sido desposeídos los mexicanos, sólo que con métodos menos claros, con pretextos de insuficiencia de titulación o por exacción violenta; en realidad, por derecho de conquista. El sistema de Cortés era el mismo de los romanos. El vencido se convierte en siervo de la gleba. Esto mismo se ve en el Egipto, dominado por los ingleses, y mientras la maquinaria no reemplace del todo al hombre en los trabajos serviles, siempre tendrá que existir la casta paria cuya suerte no es mejor en la Rusia bolchevique de las colonias penales de lo que fuera la condición de los indios bajo el encomendero. Resulta, por lo mismo, inútil achacar a crueldad de Cortés lo que depende de choque de civilizaciones en distinto grado de adelanto y de dificultades todavía insuperables dentro del desarrollo de una misma civilización. Y sin duda, si en nuestro país no vencen los españoles, más tarde la tierra la hubieran ocupado los ingleses y la suerte de los naturales no hubiera sido mejor; todo lo contrario, allí está el ejemplo de los territorios en que ellos dominaron y en los cuales el indio quedó desposeído, excluido del trato humano, extinguido.

Los indios nunca habían tenido propiedad individual; trabajaban toda la tierra en beneficio del Soberano al que daban por tributo la mejor porción de las cosechas. Y de la tierra que labraban podían ser arrojados, al capricho del Monarca y del Cacique. No sólo la posesión de la tierra era entre ellos precaria; la vida misma y la honra estaban a merced de un militarismo brutal, totalmente decaído en la pederastia y el canibalismo más descarados. Al establecer los tributos, Cortés, que siempre cuidaba de contentar a los indios, tuvo buen cuidado de que no excediese

la tasa de lo que anteriormente se pagaba a Moctezuma. El servicio personal, que era también costumbre nativa, se reglamentó fijándose horas de trabajo, y aunque éstas hayan sido de sol a sol, debe recordar el lector que asimismo se trabajaba entonces, en el campo, en toda Europa. La contribución personal de Cortés al nuevo orden de cosas fué la ordenanza que *mandaba dedicar una hora para la educación religiosa del indio*. Y ya se entiende que con la educación religiosa iba por entonces todo el caudal de conocimientos teóricos y prácticos de que se disponía en la época. En la enseñanza religiosa se comprendía, por ejemplo, la educación artística, puesto que se hacía cantar a los indios por la mañana el Alabado antes del trabajo. Después de concluído éste, por la tarde se dedicaba tiempo a la enseñanza de la doctrina, habiéndose extendido más tarde el programa, en las misiones y en las ciudades, hasta comprender la enseñanza de los oficios manuales que levantaron la condición del indio, lo incorporaron a la civilización europea.

También es necesario recordar que en muchos casos los repartimientos de indios se concedieron a señores nativos y no sólo a los españoles. Casi todos los principales de Tlaxcala fueron premiados de esta suerte estableciéndoseles en diferentes comarcas del país. Los beneficios concedidos a descendientes de Moctezuma fueron tan grandes que algunos de ellos pudieron entrar a la nobleza, estableciéndose como Grandes de España en Madrid. Igual cosa se hizo en el Perú con los descendientes del Inca.

Donde el abuso fué despiadado fué en el trabajo de las minas. El servicio o mita, duró hasta que lo suprimieron los mismos españoles en las Cortes de Cádiz, o sea cincuenta años antes de que los anglosajones suprimiesen la esclavitud de los negros en el Sur de Estados Unidos.

A la vez que de la organización social, se ocupaba Cortés, de que en las encomiendas sembrasen vides. De haberse continuado esta política agraria, nuestro país se habría visto libre de la plaga del alcoholismo que deriva del mezcal y el pulque. Una bebida sana, civilizadora, como el vino de uva, sería hoy tan abundante entre nosotros como en el sur de Europa. Para fijar a los colonos en el territorio se obligó a los encomende-

ros a traer de España sus mujeres o a casarse en el país, lo que produjo población nativa de raza europea.

Para mantener las comunicaciones, Cortés atendió al establecimiento de un servicio de mesones de Veracruz a México. Y el gran hombre, comenta Alamán, que "había concebido y ejecutado el plan grandioso de la conquista de México, se ocupó con diligencia en mirar que los cerdos y las gallinas no molestasen a los caballos en las caballerizas de las posadas y que las pesebreras fuesen limpias y espaciosas". Con razón Prescott admite que por grande que sea el brillo de las hazañas militares de Cortés, él no basta a dar idea completa de su espíritu ilustrado y de la capacidad y facilidad de su ingenio.

Cerdos, gallinas, ganado vacuno, todo hubo que traer de España y todo lo previó, lo dirigió Cortés con una medida, una prudencia que ya quisiera tanto mandón iletrado como después hemos padecido. Pues con razón observa Alamán que nunca Cortés ordenó "de sí", ni por "la autoridad de que estoy investido", a lo militar, sino que en todos sus bandos y ordenanzas advierte que obra por él y por "los muy nobles señores justicias e regidores de esta ciudad de Tenochtitlán". Con lo que daba ejemplo de respeto a la autoridad civil.

Todavía más; en ordenanza de 1525 se fijaron la forma y facultades de los cuerpos municipales. "En ellas, dice Alamán, se advierte espíritu de orden y previsión; cuidado de la hermosura, aseo y comodidad de las poblaciones; preocupación y recomendación de trato decoroso de los subordinados". En la repoblación de la capital se contó con los indios que habían sido fieles, dándoseles repartos considerables.

Mc Nutt, traductor inglés de las cartas de Cortés, opina: "Era Cortés un hombre de sincera piedad, hecho de la madera de los mártires, y su convicción de que llevaba adelante una cruzada piadosa no le abandonó nunca... No pueden ponerse en duda ni la sinceridad de su convicción religiosa ni su valor marcial. Era ajeno a toda hipocresía, que es vicio de cobardes, y las razones con que justifica sus actos de crueldad pueden ser deploradas por los hombres de sentimiento humanitario, pero su honestidad para referirlo él mismo todo, es incontestable. Si la in-

fluencia de su fe sobre su moralidad privada hubiese sido proporcionada a su fuerza, Cortés merecería la canonización”.

Un contemporáneo suyo, el franciscano Motolinia, protector de los indios, dice de Cortés: “Aunque como hombre era un pecador, sin embargo, demostraba la fe y las obras del buen cristiano y empleó su vida y sus medios en acrecentar dicha fe en Cristo y para morir por la conversión de los gentiles. Se confesaba con muchas lágrimas, comulgaba con gran devoción y ponía sus medios y su espíritu en manos de sus confesores. Consumó grandes restituciones y proveyó donativos. Dios le impuso grandes aflicciones, enfermedades para purgar sus pecados y limpiar su alma. Creo que es hijo de la salvación y que tendrá mejor corona que muchos que tratan de desprestigiarlo”.

Y Mendieta, en su Historia Eclesiástica juzga, con razón, que fué Cortés, “el instrumento divino, elegido para implantar el cristianismo en el Nuevo Mundo”.

Inició Cortés la destrucción de los ídolos. Y sobre este procedimiento se han derramado muchas lágrimas de eruditos fariseos. Si la destrucción de los ídolos hubiese sido tan sostenida como se afirma, no estarían los museos llenos de ellos. De mí sé decir que aún revive en mi ánima, el sagrado impulso que se propuso acabar con toda aquella mitología grotesca y cruel, para erigir sobre ruinas que ya no se levantan, una cultura nueva, vigorosa y limpia, progresiva y cristiana.

CORTÉS RECIBE A LOS MISIONEROS

Por indicaciones de Cortés a Carlos V, que nunca hizo cosa mejor que seguirlas, se enviaron de España Misioneros, con preferencia de los clérigos. La gran obra civilizadora de las misiones, la adivinó mejor que nadie Cortés.

El primer grupo de misioneros, encabezado por Fray Martín de Valencia, desembarcó en Veracruz el trece de mayo de 1524. Lo componían el ya nombrado y los religiosos Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Juan Juárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Palos, Juan de Ribas, Francisco Jiménez y Andrés Cór-

do, habiéndoseles adelantado Juan de Alora, Juan de Tecto y Pedro de Gante, varón este último de alto linaje y que fundó la primera Escuela de Artes y Oficios de América. Ya habían hecho obra admirable en Santo Domingo religiosos como Fray Antón de Montesinos, inspirador de Las Casas. En la isla de Cuba había una misión presidida por Fray Bernardo de Santo Domingo, pero la gran tarea constructora estaba por hacerse en el Continente.

Fray Bartolomé de Olmedo, el Consejero de Cortés, había fundado el primer hospital de México, curando personalmente a los heridos, pero los misioneros venían a dedicarse a los indios y a compartir sus pobreza, sus dolores y a enderezarse contra el militar, cada vez que así era necesario, para la defensa de la justicia. Apenas supo Cortés que el grupo ilustre había llegado a Veracruz, mandó que por donde viniesen los frailes se les barriesen los caminos y donde posasen se les hiciesen ranchos, si era en el campo. Y que cuando llegasen a pueblos o ciudades, que los saliesen a recibir y les repicasen las campanas que ya en aquella sazón había en muchos pueblos; y que los naturales "llevaran candelas de cera encendidas y por que los indios lo viesen y tomasen ejemplo, mandó que los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos; y al camino les envió Cortés mucho refresco y los recibió muy amorosamente". Y viniendo por su camino ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, seguido de valerosos soldados, salió a recibirlos, acompañado de Cuauhtémoc, el Señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros caciques de otras ciudades. Y al verlos llegar, Cortés se apeó de caballo y fué el primero que trató de besarle las manos y se arrodilló ante Fray Martín de Valencia; y como no lo consintiera Valencia, le besó los hábitos y así lo hicieron todos incluso Cuauhtémoc y los señores de México. Y a Cuauhtémoc llamó mucho la atención, dice la crónica que Cortés, a quien tenían por Dios casi, se arrodillase ante frailes descalzos y flacos con los hábitos rotos. "Y más aún que, cuando Cortés con esos religiosos hablaba, tenía siempre quitada la gorra y en todo les tenía gran acato".

No es probable que Cuauhtémoc pudiera salir de su con-

fusión. No tenían ni él ni sus principales la capacidad, la fineza espiritual necesaria para desentrañar el significado de aquella misión y el acato que se le mostraba. El reconocimiento del espíritu sobre los simples poderes de la fuerza no podía tener sentido para los seguidores de la religión de Huichilobos. Hacía ya mucho tiempo que los indios en general, habían perdido hasta el recuerdo de aquel Quetzacoatl que fué precursor de una época en que mandaría sobre nuestro territorio, ya no la serpiente del águila, ya no el hacha de los sacrificios, sino la ley de la moral que amparara al débil, la fe en un destino espiritual superior a las eventualidades de la violencia y la fortuna.

LOS MISIONEROS

En su primer discurso a los indios, Fray Martín de Valencia, el jefe de la primera misión, dijo: "Nos manda Dios desde tierras lejanas, no a buscar oro ni plata, ni bienes temporales, sino vuestra salvación. Por lo tanto, conviene que pongáis a vuestros hijos en nuestras manos. Ellos, como niños, entenderán fácilmente la doctrina que nosotros predicamos. En seguida ellos nos ayudarán a enseñaros a vosotros".

Era Valencia un asceta humilde que usaba cilicio y se propinaba azotes por sus pecados. A los cincuenta años llegó a México y durante diez laboró incansablemente. Su celo era tan grande que se proponía pasar a China, después de evangelizar a México. La predicación, la bondad y el ejemplo de la virtud, fueron sus armas.

Para ganarse a los indios a las ceremonias del culto, Fray Pedro de Gante observó que acostumbraban bailar y cantar ante sus ídolos antes de los sacrificios; en tal virtud, compuso cantos solemnes acerca de la ley de Dios y sobre cómo Dios se hizo hombre para salvar a la humanidad, y sobre la Virgen María. Al mismo tiempo, ideó los dibujos, los trajes de las distintas ceremonias, según fuesen alegres o luctuosas. De esta labor procede todo lo que hay aún de artístico en las distintas regiones indígenas de México. Cuando llegó la primera Navidad, Gante hizo venir indios de toda la comarca y en un patio que se llenó a re-

ventar, se cantó el himno "Ha Nacido el Redentor". (Códice franciscano.)

Toribio de Benavente, por su amor a la pobreza, fué apellidado Motolinia, el harapiento, en nombre indígena. Además de sus labores de proselitismo, escribió una Historia de los Indios de Nueva España, en la cual se recogen los ritos de la antigua religión, los detalles de la obra de conversación y noticia de las artes y usos de los indios. Escribió también una obra sobre el calendario azteca, iniciando de esta suerte la labor erudita que tantos otros misioneros consumaron y que es todavía la base de todo cuanto se escribe sobre las civilizaciones aborígenes. Gracias a la cultura de estos frailes los temas burdos de la ideología local fueron traducidos, elevados a la categoría del alfabeto y de la historia. Sin el empeño de los misioneros, todo se hubiera perdido o habría seguido como estuvo durante milenios, entregado a la confusión, la incoherencia de las tradiciones orales y las representaciones jeroglíficas. Para llevar adelante sus tareas tuvieron necesidad los misioneros de aprender los dialectos indígenas. Toda esta faena de rehabilitación sistemática, emprendida de un extremo a otro del Continente, de México al Perú, no impidió que se inventara la calumnia de la barbarie de los españoles que *destruyeron los vestigios de las civilizaciones indígenas*.

Basada en las denuncias bien intencionadas, pero exageradas y peor usadas del padre Las Casas, nació la llamada leyenda negra: un conjunto de versiones falsas sobre el coloniaje español, propagadas por los ingleses a principios del siglo diecinueve, cuando se propusieron suplantar a España en el Nuevo Mundo y engrosadas después por la propaganda protestante de Norteamérica, que ambicionaba reemplazar el catolicismo con el metodismo. La leyenda negra está hoy completamente desacreditada. Y fué una vergüenza que hallase eco entre mexicanos descendientes de españoles, por la cultura, cuando no por la sangre.

F. Bernardino de Sahagún, otro misionero, dedicó sesenta años a la educación de los indios aprendiendo sus dialectos y su historia. Cumbre de sus tareas es el Diccionario de la Lengua

Mexicana que compuso así como su Historia General de la Nueva España.

Toda la obra cultural de los misioneros se fundó en la persuasión. Nunca se empleó la fuerza para convertir gentiles. Y si los misioneros y los clérigos, en muchos casos, destruyeron templos e ídolos, hicieron bien, pues ello hacía falta para limpiar el ambiente de maleficios y porque es natural que los símbolos de una cultura superior prevalezcan sobre la inferior. El mismo Cortés que tenía la obsesión de que se consumase la conversión de los indios, nunca empleó la fuerza para lograrla. Se limitó a publicar ordenanzas que obligaban a comenzar el trabajo de españoles e indios con rezos y cánticos como el Ave María y el Salve Regina. Quien no cumplía con esto, indio o español, era multado. También dictó Cortés ordenanzas que castigaban la blasfemia, e hizo muy bien. Ella es el peor de todos los vicios del alma. Y la más sucia prueba de la degeneración de un pueblo.

En seguimiento de los franciscanos de la primera misión, vinieron al año siguiente los dominicos a establecerse a México en 1526. Después de ellos, los agustinos (1533). Comenzaron estas Ordenes la construcción de monasterios que eran, a un tiempo, talleres y escuelas. Se ocupaban los monjes de predicar y hacer confesiones y bautizos, y enseñaban a leer y escribir. En los colegios de las ciudades pronto se empezó también a enseñar el latín y la música. Pero la fuerza de aquella enseñanza estaba en la virtud de los maestros. Nadie los ha elogiado mejor que Mendieta, cuando dice en su Historia que "compensaban con el milagro de sus vidas útiles y santas, el poder de hacer milagros, que fué reservado a los primitivos apóstoles". El secreto de su penetración en el alma indígena nos lo da su sistema de vida, pobre y laboriosa y mezclada con la del indio, cuyo ruín alimento compartían, y sus chozas y sus penalidades. Y fué por esta vocación de humildad, por lo que, mejor que las otras Ordenes, los franciscanos se ganaron el afecto de las gentes.

Más tarde, en 1572, llegaron los jesuitas estableciéndose primero en la capital, donde fundaron un Colegio y después otro en Michoacán y otro más en Oaxaca. El propósito principal de estos colegios fué la preparación de sacerdotes indígenas que al

tomar las órdenes, entraban a la labor de educación de su raza, en pie de igualdad con los españoles.

En 1585 llegaron los Carmelitas, estableciéndose en la Ermita San Sebastián. Según avanzaba por el país la fundación de los monasterios, crecía también el número de los colegios. La primera escuela para preparar maestros, lo que hoy se llamaría Escuela Normal, se fundó en 1536, en Santiago de Tlaltelolco. En esta escuela enseñó fray Bernardino de Sahagún. En 1535 el Arzobispo Zumárraga creó una Escuela de Artes y Oficios para indígenas. En 1529 se fundó una escuela para mujeres, en Texcoco, dirigida por los franciscanos. Para esta escuela trajo Zumárraga maestros españoles. Más tarde se abandonó el sistema de traer maestros, porque resultaba más eficaz la enseñanza a cargo de los frailes que no tenían familia a que atender y sí sólo a la enseñanza. En 1558 se fundó el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad, para niñas mestizas (Cuevas, Hist. de la Iglesia). Pronto se abandonó el sistema de educar aparte a las castas, y en el mismo colegio se enseñaba a los hijos de criollos, indios y españoles. En 1543, hubo la primera escuela para indios mestizos en Michoacán, donde también se estableció el Colegio Superior de San Nicolás. En 25 de enero de 1551, como coronamiento de la más gloriosa obra educativa que jamás haya hecho poder colonial alguno, se inauguraban dos Universidades, una en Lima y la otra en México.

Constantemente, según avanzaban los establecimientos de la ocupación militar y a veces precediéndolos, adelantaba también la misión evangelizadora, civilizadora. A fines del siglo diecisiete, se hallaba cubierto el Nuevo Mundo de establecimientos educativos, desde la Alta California hasta el Paraguay, de los jesuitas. En las regiones deshabitadas del Norte, la cadena de las misiones, desde Culiacán hasta California y desde San Luis Potosí hasta Texas, marca el avance de la cultura. Pues la misión no sólo llevaba la letra, es decir, la enseñanza teórica, sino la práctica útil. En la misión aprendieron los indios a cultivar la tierra y los oficios civilizados. La misión dejó en California los dos productos básicos de la cultura, el olivar y la vid, el aceite y el vino. Y como, desde el principio, la obra misionera admitió

a gentes de todas las razas, italianos, franceses, holandeses, irlandeses y mexicanos, se puede afirmar que, gracias a que fué nuestro país el centro de tan esplendoroso movimiento, existen nombres mexicanos entre los civilizadores de Nuevo México, Arizona, Texas y las Californias. En aquel tiempo, por estar incorporados a la cultura española, íbamos al norte, de maestros; muy ajenos de que vendría una época dolorosa como la presente, en que nuestra sangre es paria en los mismos territorios que ayudó a ganar para la civilización.

EL TORMENTO DE CUAUHTÉMOC

Con el reparto del botín, después del triunfo, vino la desilusión. Cada soldado había soñado riquezas sin cuento. Corría la leyenda de que el tesoro de Moctezuma había sido echado al agua; más tarde se empezó a murmurar que Cuauhtémoc lo tenía oculto. Del mismo Cortés se empezó a decir que no tomaba medidas para descubrirlo porque se lo reservaba para sí. Cortés se vió acosado. En su misma casa de Coyoacán aparecían los pasquines:

"Tristis est anima mea
Hasta que la parte vea".

La codicia movió al crimen. Cuauhtémoc y su primo, el señor de Tacuba, padecieron el tormento, sufrieron quemaduras en los pies con aceite hirviendo. Mantúvose Cuauhtémoc, según su costumbre, impasible. El señor de Tacuba a su lado se quejó. Y surgió la frase que se ha hecho un símbolo: "¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?"

El criterio de la Historia revisa periódicamente estas frases que se convierten en fundamento ético de toda una nación. Aparentemente, el dicho de Cuauhtémoc es heroico, impecable. Así estamos habituados, por lo menos, a considerarlo. Se necesitó que yo leyese un comentario extranjero para que empezase a darme cuenta de ciertas consecuencias. Aludiendo al dicho de Cortés, un autor alemán escribe: "la frase cruel del mexicano". ¡Cómo!, pensarán los nuestros, pensé yo mismo. ¿Pues qué no es dicha

frase un modelo de impasibilidad casi sublime? Reflexiónese y se verá que tiene razón el alemán. La frase es cruel, porque supone un reproche a un amigo que sufre; equivale a decir: "Mira cómo soy yo valiente y tú un cobarde". Ni en el tormento perdonó, pues, Cuauhtémoc, la oportunidad de humillar a su amigo. Esta arrogancia no es humana, no es cristiana, supone, en efecto, crueldad y, aparte de ello, vanagloria pueril. Pues lo natural es que hubiese dicho: "Siento tu pena, hermano". Imagínese a Cortés en el potro del tormento, y ¿qué es lo que hubiera dicho? Seguramente exclama con gallardía: "No lo siento tanto por mí como por vos". Esto es lo gentil y lo grande, dolerse del mal ajeno. Aprovecharle para lucirse, es crueldad.

Por su parte, Cortés expresó "haberle pesado mucho que a señor como Cuauhtémoc, Rey de tal tierra que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia de oro".

De España pedían dinero pero no mandaban armas ni provisiones. Lo que daba la ciudad no era bastante para satisfacer la ambición de los recién llegados, ni siquiera para sostener a los antiguos habitantes.

Buscando en los registros de Moctezuma los sitios de donde le mandaban oro, Cortés, con ojo certero, comenzó a organizar los trabajos de las minas, comprendiendo que allí estaba el filón del futuro. Ninguna de las grandes orientaciones del país nuevo escapó a la visión cortesiana.

Ni siquiera el aspecto general de la tierra que vió tenía similitud con España, así en la fertilidad como en "la grandeza y fríos que en ella hace"; por eso la nombró Nueva España. Posteriormente, la geografía habría de confirmar tan acertada impresión, pues una gran meseta es México, rodeada casi del todo por mares, lo mismo que la Península Ibérica.

Por último, para tomar posesión de toda la tierra, para acabar de darle objetivo a la energía de la conquista, Cortés se dedicó a las expediciones, que son quizás la parte más importante, increíble y gloriosa de toda su obra.

LAS EXPEDICIONES DE CORTÉS

En la mar del sur tenía ya Cortés el puerto de Zacatula. Sus expedicionarios le enviaban nuevas de Oaxaca y de Tehuantepec y Coatzacoalcos. Estando todavía en su palacio de Coyocacán, recibió aviso de que cerca del pueblo de Tehuantepec había llegado un navío de la armada de Loaysa, el galeón Santiago, que se extravió después de pasar el estrecho de Magallanes y tomó rumbo al Norte, buscando las tierras de Hernán Cortés. "Después de caminar casi dos meses, refiere Pereyra en su obra "Descubrimiento y Exploración del Nuevo Mundo", el 25 de julio de 1526 avistaron el cabo del Golfo de Tehuantepec. El clérigo Juan de Areizaga ofrecióse a desembarcar, y como no había batel, lo hizo arrojándose en una caja, con la esperanza de que las olas lo arrastrarían hasta la costa. Estaba el clérigo a punto de ahogarse, por haberse volcado la caja, cuando algunos indios tehuanos, desafiando la marejada, le sacaron medio muerto. Conducido al pueblo, Areizaga vió, lleno de sorpresa y con lágrimas en los ojos, una cruz que estaba allí plantada, a la vez que el cacique pronunciaba "Santa María". Esta cruz había sido levantada nueve años antes por los expedicionarios de Cortés. Y tal fué el primer contacto entre los exploradores del Oceano Pacífico y los conquistadores de México". Este contacto incitó las ambiciones de Cortés que, según observa acertadamente Pereyra, era un creador de Imperios, uno que merecía más el cargo de Emperador que aquel pobre Carlos Quinto a quien entregaba provincias. "El representante de la raza española, añade Pereyra, no era el flamenco Carlos V, sino el extremeño Hernán Cortés". Y desgraciadamente, añadimos nosotros, en aquel contraste estaba ya el mal que minaría a todo el imperio español, gobernado por la dinastía extranjera. Desde entonces la monarquía comenzó a ser lastre del empuje hispánico.

Preocupado Cortés, sobre todo, de la zona del Pacífico, no descuidaba las operaciones de Garay en el Pánuco. Era Francisco de Garay un estanciero antillano que obtuvo concesión de las tierras descubiertas por Grijalba, pero no llegó a prosperar; los indios le acabaron sus colonos. Cortés recogió la tarea po-

niéndose de acuerdo con Garay que, en seguida, murió en México. "No sólo le preocupaba aquella provincia, dice Pereyra (Hist. de la América Española, Tomo 3, México), sino que pretendía llevar su influencia al río de las Palmas, o río Bravo, en la costa del Norte, y hacia la Florida"

Por el Sur no sólo mandó expedicionarios, sino que tomó personalmente el mando de la punitiva que fué a las Hibueras en seguimiento de Olid, que se le insurreccionara. Al mismo tiempo, a Pedro de Alvarado lo había enviado a Guatemala para que se juntara con la expedición de Olid, "*si estrecho no los parte*" decía, pues su ilusión era encontrar un paso para el Pacífico o mar del sur.

En el ejército de Cortés, caminaba como prisionero de guerra, Cuauhtémoc. Las privaciones, los ataques de los indios comarcanos, el delirio de la fatiga y el clima, traían a todos en grave riesgo, aumentado con los rumores de una conjura de sublevación de los aliados nativos. Para quitar a éstos la ocasión de tomar como jefe a Cuauhtémoc, el ex monarca azteca fué ahorcado. El sacrificio de Cuauhtémoc es la mancha mayor sobre la fama de Hernán Cortés. Y no tiene otra excusa que el miedo. Únicamente el miedo lleva, lo mismo al guerrero que al criminal común, a la triste condición de homicida.

La expedición de Cortés a las Hibueras, fué un fracaso. Halló a Olid muerto, y, por lo pronto, no recogió fruto alguno. Mientras él se hallaba en el sur, Francisco de Montejo, el capitán que Cortés había enviado a España con las primeras noticias de la captura de Ullúa, entraba a Yucatán como Adelantado y fracasaba en su intento de conquistar esa provincia. Más tarde su hijo consumó la empresa, fundando a Mérida.

A su regreso de las Hibueras, Cortés recibió noticias de los puertos que había en el mar del sur, por la provincia de Colima y muchas leguas tierra adentro. Mandó una nueva expedición en busca de un gran río que se decía por allí estaba. Pronto, sin embargo, sus empeños y su labor se vieron interrumpidos por las intrigas de sus enemigos. Fué Cortés sometido a juicio de residencia y quedó fuera del gobierno, perseguido. Aun así, continuó dedicado a sus empresas de descubrimiento.

De vuelta ya de España, donde fué recibido con grandes honores y hecho Marqués y repuesto en el cargo de Capitán General, Cortés dedicó su esfuerzo a las expediciones por la costa del Pacífico. A partir de Tehuantepec mandó un par de navíos en busca de la armada de Magallanes, y conforme a órdenes que le enviaran de España. Pero como no bastasen los astilleros y las condiciones de Tehuantepec, en Acapulco construyó otros dos navíos. Más tarde, internándose por las tierras que andaba conquistando Nuño de Guzmán, estuvo en Colima y Compostela.

De Compostela pasó a Culiacán, reclutando gente para seguir adelante. Quejándose de las actividades de Cortés que, en cierto modo, invadían su jurisdicción, Nuño de Guzmán, gobernador de aquellas provincias, dice en carta a S. M., de junio de 1535: "Embarcóse en las cercanías de Culiacán el 18 de abril; llevaba ciento y trece peones y cuarenta de a caballo, dejó sesenta de a caballo para otro viaje, los cuales no sé yo cómo se puedan sufrir, aunque más destruyan la tierra, porque al mismo tiempo que me escribieron, que fué a 25 de mayo, no sabían cosa del Marqués. Va la gente descontenta a lo que me dicen y del todo mal proveídos; pluga a Dios que acierte, que no sé cómo ni a qué se va" . . .

Siempre anduvo el genio que fué Cortés, acompañado de descontentos que no sabían a dónde iban. Amigos fieles, sin embargo, no le faltaron en todas sus empresas y de ellos y del gran capitán es la gloria. En este viaje descubrió Cortés a la Baja California donde fundó a La Paz. Durante muchos años, el Golfo que separa del Continente la península, se llamó en elemental justicia, Mar de Cortés. Posteriormente la fobia anti-española que nos ha impuesto la influencia extranjera, borró de los mapas el nombre del Conquistador para dejarle el muy insignificante de "Golfo de California". De seguir como van las cosas, se llamará a este mar el día de mañana con el nombre del senador yankee que consume la anexión de Baja California a Estados Unidos; si no es que los nuevos conquistadores, más justicieros que nosotros, restituyen el nombre de "Mar de Cortés" en homenaje al que ellos miran como su precursor y maestro en achaques de imperialismo constructivo y perdurable.

En 1539 dejó pendiente Cortés sus descubrimientos, no por fatiga ni por deseo de comodidad, sino por considerar que violaba sus propios derechos la concesión otorgada a Coronado para descubrir las Siete Ciudades. Con el propósito de presentar sus quejas, se dirigió otra vez a España. Siguiendo al Emperador estuvo en la derrota de Argel. Humillado Carlos Quinto de tener que correr delante del Conquistador de América, le tomó mala voluntad; lo echó en olvido. Un día, queriendo forzar una audiencia que se le negaba, Cortés, ya viejo, se subió al estribo del coche del Emperador. "¿Quién sois?" preguntó el Monarca, y Cortés respondió: "Soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos".

Como mexicano, yo he de decir que Cortés, el más grande de los militares que ha habido en mi patria y uno de los primeros Capitanes de la Historia, gobernó en México sin ejecutar esos actos de tiranía que después han sido la regla entre pretorianos, derrotados en la guerra exterior pero feroces en el mando interno. Nunca mandó Cortés ajusticiar a un enemigo político; nunca dispuso de por sí, con la grosera autoridad que se funda sólo en la fuerza; siempre guardó respetos al poder civil. Y la mayor parte de la fortuna que acumuló, empleóla en nuevas empresas para el engrandecimiento de México. Sus capitales no fueron a dar al extranjero. A su muerte dejó, en nuestro territorio, fundaciones de caridad que aun hoy producen beneficios.

Por lo mismo, resulta cómico observar por todo el país, monumentos marciales en honor de generales y caudillos que jamás conocieron la victoria contra el exterior y, en cambio, el primer Capitán de América no tiene un solo monumento que lo recuerde. Sus mismos restos que, por voluntad suya, fueron traídos al país, han tenido que ser ocultados no pocas ocasiones, según bien expresa Alamán, "para salvar al país de la deshonor de que sean profanados", ¿por los agentes del imperialismo anglosajón disfrazados inconscientemente de patriotas indianistas? ¡Como si los indios con Moctezuma y aun con Cuauhtémoc y los demás reyes a la cabeza, no hubiesen sido los primeros en reconocer a Cortés las virtudes del hombre grande, la magnanimidad del guerrero victorioso en una causa indiscutiblemente egregia!

Para dar idea in extenso de la obra de Cortés, compárese el mapa del Imperio de Moctezuma débilmente ligado de Anáhuac a Veracruz y de Veracruz a Oaxaca y por el Norte hasta Pánuco; compárese el mapa actual de la república después de la conquista yankee y sin restar el territorio que Juárez quiso obsequiar; compárense estos dos cuadros, el del México precortesiano y el del México actual, con el mapa de México tal como lo dejó Cortés: la Nueva España extendida desde más allá de California hasta Guatemala y Honduras y por el noreste con exceso hacia la Luisiana y la Florida, y se tendrá de bulto la obra del Conquistador. Comparen esos mapas los niños de las escuelas que todavía no están contaminados de la propaganda desleal y, clamen en coro la verdad, que es Cortés el auténtico fundador de la nacionalidad mexicana. Antes de Cortés había tribus en pugna homicida; después de Cortés y la Colonia, vemos despojos de la antigua grandeza. Y conciencias pequeñas que parecen incapaces de dolerse siquiera de la ocasión mundial que ha estado pereciendo en nuestras manos.

LOS CABALLOS DE LA CONQUISTA

Fueron originariamente quince, once caballos y cuatro yeguas. Bernal Díaz los describe con amor; el de Cortés era castaño zaíno; Alvarado traía una yegua alazana; Cristóbal de Olid un caballo castaño oscuro. Pronto perecieron uno tras de otro y no hubiera quedado raza si la expedición de Narváez no la refuerza con noventa brutos. Entre todos los bienes materiales de la conquista, ninguno es mayor que el de haber dotado al Nuevo Mundo con el más noble, el más bello, el mejor de los animales, el que por excelencia ha simbolizado la civilización. Pues con el caballo no sólo duplicó su fuerza el guerrero, también la industria afianzó el uso de la rueda que impele al carro. El hombre no desata sus pisadas del suelo, no se siente dueño de la tierra, mientras el caballo no le da la primera ilusión del ala. Donde no ha habido caballos, la civilización se queda estancada. Si los indios hubiesen tenido caballos, no hubiese habido conquista, pero también no hubiese sido menester la conquista, porque la cul-

tura se habría abierto paso sola, entre los indios. Dondequiera que el espíritu ha triunfado sobre la materia, el caballo ha estado al lado del hombre como un aliado, el más noble de todos los del reino animal. El caballo ha enseñado al hombre el valor de la fuerza sin la crueldad; el caballo es valiente y no sabe lo que es ser feroz. Superior en destreza al instinto del tigre, el caballo sabe de victorias que sólo dejan complacencia en el corazón.

Del caballo aprendieron los griegos el secreto de la fuerza que se desenvuelve con gracia. Cuando en las cruzadas, el hombre de guerra decidió poner la fuerza al servicio del espíritu, no halló mejor aliado que las caballerías, y de su ímpetu y su nobleza derivó una doctrina nueva del valor. Las sierras y los valles del Nuevo Mundo padecían de soledad, hasta que el tropel heroico de las manadas despertó de su sueño los siglos. Por todo donde llegó la conquista de los españoles, por Nuevo México y California, por los Andes y el país Arauco, los caballos se propagaron. Y eran de buena casta; como sus primitivos jinetes. Eran en su mayoría caballos andaluces briosos y de fina estampa, descendientes de caballos moros y de los caballos fenicios, aclimatados en la Península. Las expediciones más infortunadas resultaron fecundas, porque tras ellas quedó en comarcas remotas del Continente, el regalo de una pareja de caballos perdidos. La expedición de Vázquez de Coronado al Cibolo, por lo que hoy es Nuevo México, soltó las crías que, adaptándose a las tierras desiertas, fueron el origen de los mostrencos que montaría el comanche. La incursión desventurada de Hernando de Soto por el Missouri y por Kansas, sin proponérselo engendró la ufanía de los tropeles salvajes del Occidente americano. Y todo el territorio de la Nueva España se hizo tierra noble desde que el caballo suelto, sin marca ni dueño improvisó el tumulto de las praderas y fué sorpresa grata de las quebradas, sosiego y alegría del horizonte distante. El gobierno de la Colonia, que a todo atendía, soltó desde fines del siglo diecisiete, parejas de caballos por distintos rumbos del territorio despoblado. De esta previsión generosa procede nuestra riqueza caballar. Merced al caballo, la América española se incorporó a los sistemas del trabajo y de la

guerra de Europa. El caballo ennoblecó nuestros hábitos, influyó en el traje y la danza, el galanteo y el trato y la "caballería". Del caballo andaluz proceden el charro, que así se llaman los jinetes en Extremadura y en México, y el guaso de Chile y el gaucho de la Argentina. Una escuela más reciente de caballería es la del cowboy de Texas y California, cuyos rodeos anuales son fiesta del turismo anglosajón. Gracias a las suertes del lazo y del coleo, han solido hacerse de nombre los mexicanos en cosos y circos de Europa. El caballo se hizo nativo en la Nueva España y creó escuelas hípicas nobles en diversas zonas del Continente. Con sólo haber introducido el caballo, ya merecería parabienes la conquista. Pero hizo más: nos trajo también un amigo humilde y todavía más útil, nos trajo el burro.

EL BURRO LIBERTO AL INDIO

En lugar de tantas estatuas de generales que no han sabido pelear contra el extranjero, en vez de tanto busto de político que ha comprometido los intereses patrios, debería haber en alguna de nuestras plazas y en el sitio más dulce de nuestros parques, el monumento al primer borrico de los que trajo la conquista. Ello sería una manera de reivindicar las fuerzas que han levantado al indio, en vez de los que sólo le aconsejan odio y lo explotan. Enseñaríamos de esta suerte al indio a honrar lo que transformó el ambiente miserable que en nuestra patria prevalecía antes de la conquista. Lea cualquiera las crónicas de la conquista; era costumbre, reconocen todos los cronistas, que cada pueblo, cada parcialidad, cada cacique, dispusiese de uno o varios centenares de tamemes, es decir, indios destinados al oficio de bestias de carga; esclavos que sustituían al burro. Y todavía en territorios a donde no penetró la conquista, como en ciertos sitios del interior de Chiapas, subsisten los tamemes, el transporte se hace a hombros de indios. Si en vez de tanto discurso de agitadores sin conciencia, algún buen alcalde les hubiese llevado en pleno siglo veinte, lo que los españoles repartían por el Continente desde el siglo dieciséis, caballos y borricos, ya se habrían acabado todos los tamemes. El burrito africano, el asno espa-

ñol, llegaron a estas tierras a ofrecer su lomo paciente para alivio de los tamemes indios. Ni siquiera la casta le hemos conservado; nuestro descuido lo deja desmerecer, o el aire mismo de estas tierras envejecidas han hecho del burro americano, un desmedrado vástago del burro peninsular o del burro que montan en Egipto los viajeros, que da la impresión del caballo por el trote rápido y suave, pero así y todo, ¿qué sería hoy de los indios, sin sus burritos?

EL MEXICO PRECORTESIANO

¿Qué era México antes de la venida de los españoles? ¿Cómo es el país que ganó para la civilización el esfuerzo de los castellanos?

En la prosa expresiva de Bernal Díaz del Castillo van hallando detallada respuesta, todas estas preguntas obsesionantes para el curioso. En las crónicas de exploradores y conquistadores palpita la sorpresa por la inmensidad del país y su configuración extraña. No del todo extraña para los españoles, salvo en la costa. Pues el altiplano, en seguida lo advirtieron, ofrece estrecha semejanza con la meseta de Castilla. Pero los bosques, los inmensos ríos, el calor, la fertilidad de la tierra de las regiones bajas, no tenían paralelo en todo lo que conocían los europeos. Una ancha pirámide truncada es el país mexicano, que se prolonga indefinidamente por el Norte en extensos desiertos y se estrecha hacia el Sur, por la convergencia de las dos grandes serranías, la Sierra Madre Occidental y la Oriental. En la costa, la fertilidad de la tierra simula riquezas. La simula nada mas porque el clima es tan insalubre que ni los naturales se aclimatan en él del todo. Promesa de prosperidad es toda tierra tropical si alguna vez se desarrollan los medios para vencer el calor como se ha vencido el frío, si se abarata la refrigeración, se eliminan mosquitos y sabandijas. Pero por entonces y aun ahora, nuestra zona tórrida es mal sitio para albergar gente. Constantemente hay que estar llevando a estas regiones población inmigrada; de otra suerte se despoblarían. Queda encima, en "la región más transparente del aire", una meseta extensísima que es, en sus dos tercias partes, un desierto, de Zacatecas a Coahuila y que sólo en cierto oasis, el Bajío, etc., es cultivable, aprovechable. Sin embargo, el agua es escasa, no abundan los ríos ni los hay verdaderamente caudalosos. Jamás en estas regio-

nes surgirán las grandes capitales que concentran la flor de una cultura, los Chicago, los Nueva York, los Buenos Aires. Se está demasiado lejos del mar para que la prosperidad llegue a ser importante. La región montañosa engaña con valles de fertilidad relativa, pero de extensión siempre limitada, como el de Oaxaca, como el de Puebla. Y el resto es inaccesible. Las enormes montañas son obstáculo a todo género de progreso. Por el Pacífico, la superficie de Sinaloa es aprovechable a causa de los ríos, pero el clima es cálido, malsano. En general, pues, y contra lo que comúnmente se ha escrito, la configuración del terreno y el clima se han opuesto a hacer de México un país poderoso. Agrícolamente el país es pobre.

La explotación en gran escala que de la plata hicieron los españoles y la sólida organización económica por ellos creada, nos dieron la ilusión de que México era rico. La Nueva España, en efecto, dió por mucho tiempo su moneda al mundo. El oro y la plata crearon para México una prosperidad no igualada en América en los siglos diecisiete y dieciocho. En aquella época de nuestra dominación sobre el Nuevo Mundo, el oro de México levantaba las fortalezas de Santo Domingo y de Puerto Rico y La Habana; el oro y la plata de México pagaban navíos de guerra que tenían a raya a la marina inglesa, siempre en acecho para una razzia, incapaz todavía de enfrentarse con el poder nuestro. ¡Y los Estados Unidos puede decirse que aún no existían! La superioridad, el poder de la riqueza, la cultura, fueron nuestros durante dos siglos en la América colonial. Todo este poderío nació del ingenio español y lo pagó la plata de las minas mexicanas. Fué en aquella época México el paso obligado del comercio internacional de la China y Filipinas por Acapulco y México, Veracruz y Cádiz. ¡Todo era español en el mundo de entonces!

No pudieron los indios ni sospechar semejante abundancia, porque no tuvieron la técnica necesaria para lograrla, y así la hubiesen inventado, no habrían tenido el mercado del mundo que sus navíos aseguraban a los españoles. Tuvieron que vivir los indios atentos a los recursos agrícolas del país, que, como se ha visto, son escasos. Y si no desarrollaron la técnica, si no

lograron pasar de la edad de piedra, ello se debe también a que vivían en regiones pobres de combustible. No llegaron ni a la rueda porque tampoco tenían bestias de tiro. Era, pues, sin Europa, este Continente, un Continente condenado para la civilización. Y si se hubiese retardado la llegada de los europeos, más hubieran decaído los naturales, irremisiblemente sujetos a un ambiente escaso y a una tradición más pobre que la de todos los demás continentes, con excepción de Australia.

La tierra era pobre; ni los mismos españoles se dieron cuenta de esta verdad, porque les engañó la extensión y les sedujo el oro. Pero cualquiera que compare las frutas de España, los productos de cualquier zona española con lo que se da en el Nuevo Mundo, a excepción del trópico, tendrá que convenir en que todo decae, los frutos y los caracteres, con la replantación, y no por el replante, sino porque es menos privilegiado para el cultivo el Nuevo Mundo que el antiguo. Basta comparar el maíz, producto nativo de estas zonas, con el trigo que han creado las civilizaciones de Europa y de Africa y buena parte del Asia, para convencerse de que los elementos mismos de una gran cultura faltaron del todo a los indios. El territorio era extenso, los panoramas son de una grandiosidad que pasma, pero el fruto del trabajo humano es menos abundante en nuestros territorios que en los del Asia o Europa. Con sólo considerar la lista de lo que hubo de traer Cortés, animales de cría, ganado vacuno y lanar, gallinas, cerdos, asnos y caballos, trigos y vides, olivares, se tiene ya idea de lo que sería la pobreza alimenticia de un pueblo que por otro lado, dió al mundo un par de productos cuyo uso se ha hecho universal: el chocolate y la papa. En suma, mientras no se desarrolle el trópico mediante avances de la técnica, México seguirá siendo país pobre, pese a la literatura de más de un siglo de falsedades.

LA POBLACION

Lo que ya se ha citado en las crónicas de la conquista, basta para dar una idea de la condición en que se hallaban los aborígenes a la llegada de los españoles. Había un pueblo domi-

nante, el azteca, y numerosos tributarios, con algunos relativamente independientes como Tlaxcala y Michoacán. La supremacía de los aztecas era exclusivamente militar. La leyenda refiere que procedían del Norte, como tantas otras emigraciones. Y en nomadismo conquistador habían descendido hacia el actual Valle de México, estableciéndose en los alrededores de la Laguna. Allí se quedaron al consumarse el augurio que les servía de ruta: "al posarse del águila sobre el nopal devorando una serpiente". La fundación de Tenochtitlán, la capital azteca, data del año de 1325. Eran, pues, los aztecas, relativamente recién venidos. Antes de ellos habían dominado los chichimecas. Por una serie de alianzas y por obra de la guerra, el imperio se extendió hasta alcanzar, en poco más de dos siglos, los límites considerables que hallaron los españoles. La sucesión de los Reyes en el mando era hereditaria, pero interrumpida constantemente por usurpaciones acompañadas de asesinatos. Triunfaba siempre entre todos el cacique más fuerte. Uno de estos reyes así destronado fué Chimalpopoca. Itzcoatl le sucedió.

Al lado de los Reyes aztecas tenían su propio Rey los de Texcoco. El más ilustre de este linaje fué Netzahualcoyotl, hijo de Ixtlixóchitl.

Netzahualcoyotl ha sido idealizado por los historiadores que escribieron con posterioridad a la conquista. En antologías castellanas se lee un poema que se supone es traducción de un original azteca. Probablemente toda la pieza es invención de algún cronista. Lo que parece cierto es que fué relativamente ilustrado y progresista. Su obra principal aún perdura y ojalá hubiese sido imitada; la creación de un bosque de ahuehetes (grandes cedros) en las cercanías de Texcoco. Llevó adelante, además, guerras victoriosas que le aseguraron la supremacía.

Figura interesante entre los aztecas es la de Moctezuma Ilhuicamina. Bajo Ilhuicamina y después bajo Axayacatl, los aztecas extendieron su dominación por Puebla, Veracruz, Oaxaca y Michoacán. Ilhuicamina quiere decir flechador del cielo. El reinado de Axayacatl termina en 1480. Vino después Ahuizotl y en seguida el segundo Moctezuma.

Dentro de la extensión dominada por los aztecas había, como ya se ha dicho, pueblos independientes y enemigos, como el de Tlaxcala y otros que eran simplemente aliados para la guerra, pero no tributarios.

Los descendientes de los mayas de Yucatán eran independientes del poderío azteca. Y los michoacanos se mantenían aparte, no obstante haberse visto amenazados muchas veces. Tzintzún, a la orilla del Lago de Pátzcuaro, era la capital michoacana. La situación de los zapotecas en Mitla y Zaachila, era más bien de pueblos federados, después de guerras sangrientas. En realidad, no existía unidad en el llamado Imperio. Faltaban para ello las vías de comunicación, así como una cultura superior dominante. La desuniformidad lingüística era aterradora. No existía ninguno de los lazos que atan un grupo, una nación.

LA ORGANIZACION SOCIAL DE LOS AZTECAS

Durante mucho tiempo, dice el historiador Carlos Pereyra (México Hist. de la América Española), los escritores se complacieron en representar la sociedad azteca como una brillante barbarie de tipo militar asirio; pero según la escuela científica de Morgan, los aztecas, como todos los pueblos de América del Norte, estaban divididos en clanes, aunque estuviese también reconocida la familia individual. Los clanes de los aztecas eran siete y correspondían a las divisiones de las cuatro fratrias en que estaba dividida la ciudad, o sea los barrios de Moyotlán, Tecpan, Atzacalco y Cuepopan, que después de la conquista fueron: San Juan, San Pablo, San Sebastián y Santa María la Redonda.

El clan daba las tierras en usufructo a los jefes de familia que constituían el consejo de administración de la comunidad. Este consejo nombraba un jefe o calpolec. Además, cada calpulli estaba sometido a un jefe de policía, encargado del reclutamiento para el ejército.

La vida del clan era la de los nobles. Debajo estaba la gran masa de los agricultores y de los artesanos. Los artesanos y los comerciantes vivían en la ciudad, de sus respectivos oficios. Y

la población del campo, sometida a una serie de funcionarios, inspectores y exactores, padecía como paria en territorios de los que nunca podía salir. La clase dominante era la militar. Procedente de los clanes originales, recibía una educación salvaje, en la que no faltaban las pruebas e iniciaciones sangrientas. Salían de allí verdugos que irían por las provincias a mantener la autoridad por el terror, a correr, a claudicar miserablemente apenas asomó un enemigo extranjero en la persona de unos cuantos españoles. Tal y como todos los ejércitos pretorianizados habituados a las corrupciones del mando.

La tierra se repartía entre los señores del clan del calpulli. Pero ninguno la trabajaba personalmente. Una disposición exigía que no se dejase de laborar a riesgo de perder los derechos sobre la tierra; esta disposición se eludía fácilmente trabajándola por esclavos. Y tenía el inconveniente, en cambio, de hacer aleatoria la propiedad. Propiamente, en consecuencia, no había concepto de propiedad individual, sino de tenencias más o menos firmes, según el favor del Monarca que, a consecuencia de un prolongado estado de guerra, llegó a absorber todo el poder.

Había tierras comunes, pero de sus productos disponía la autoridad, no el labrador. Había, además, tierras destinadas especialmente para el sostenimiento de ciertos funcionarios y de ciertas instituciones del culto.

Los trabajadores que se alquilaban para el cultivo de los campos pertenecientes a militares y funcionarios y los de tierras públicas, estaban en condición idéntica a los esclavos. No tenían los derechos limitados de los jefes de familia de la aristocracia a los cuales, como se ha dicho, repartía el clan ciertas tierras. Eran los labradores la casta fellah de los vencidos o los aztecas descalificados. Servían también de cargadores o tamemes, es decir, como sustitutos de la bestia de carga.

“La prisión, la muerte y la esclavitud eran las penas usuales por infracciones que los civilizados no castigan, o castigan levemente”, afirma Pereyra.

LAS COSTUMBRES AZTECAS

La fuente reconocida de la Historia precortesiana es Sahagún, de quien ya hemos hablado en otro capítulo. Todos los que han escrito sobre los indios, usan sus datos sin añadirles nada. Aun aquellos que han propagado la especie de "la barbarie española que destruyó la civilización indígena", no hacen otra cosa que saquear a Sahagún para imaginar cómo eran esas *supuestas civilizaciones destruidas*. De suerte que, sin la ciencia española de la Historia, la etnografía, sin el cuidado que *creó documentos*, tradujo relatos, no habría en el día materia para decir algo acerca de los indios. La obra de recopilación histórica no se limitó a México; se emprendió también en el Perú. A donde fué el español, iba con él la mejor ciencia de la época; el erudito el sabio y el santo, eran de la misma casta del conquistador. De Sahagún dice en su reciente traductora inglesa, Franz F. Badeliere (Universidad de Virginia) "que siempre fué reconocido como el primer gran historiador de México, pero que hoy se le honra, además, como el primer gran etnologista". Sus datos proceden de testimonios nativos escritos en la lengua del país y traducidos, después, al castellano.

Cuando los mexicanos fundaron a Tenochtitlán, y dividieron la ciudad en cuarteles, reservaron una cabaña para su Dios tutelar, *Huitzilopochtli*. Las fiestas de la fundación de la ciudad las refiere Clavijero como sigue: "Mandaron al caudillo de Colhuacán una Embajada, rogándole que les diese una de sus hijas para consagrarla como madre de su Dios. El padre, esperanzado y atemorizado a la vez, entregó a la doncella. La recibieron los mexicanos con grandes manifestaciones de júbilo, pero en seguida idearon hacerla sacrificar. Convidado el caudillo de Colhuacán, a lo que creyó era la apoteosis de su hija, se le internó en el santuario; en éste, al lado del ídolo, estaba de pie un joven vestido con la sanguinosa piel de la víctima; pero la oscuridad no permitió al padre ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario de copal y en seguida, a la luz de las ceremonias del culto, el horrible espectáculo le produjo tal impresión que "se le conmovieron de dolor las entrañas y arrebatado

por violentos afectos, salió gritando como loco". Y mandaba a su gente que tomase venganza, pero, dice la crónica, "nadie se atrevió a obedecer por temor a la muchedumbre". "El buen padre volvió a su casa a llorar a su hija, por el resto de sus días".

La impotencia para castigar el crimen nacional, he allí algo que se convertiría en leit motiv de nuestra historia, durante el período azteca y durante la república. Constantemente, también, la impotencia de este género cuesta a los pueblos el tesoro de su autonomía. Pues no la merece nación que no respeta los principios elementales de la convivencia humana.

El despotismo bajo Moctezuma era peor que en los más envilecidos Estados del Africa. Las mujeres eran poco menos que mercancía. Los reyezuelos y los caciques disponían de ellas a su antojo y para hacerse presentes. No sólo entre los aztecas, también entre los Incas (véase Garcilaso) el Monarca hacía acopio de vírgenes hasta en número de setecientas, para tomar de allí concubinas. Y como todos los valores estaban envilecidos, a este género de serrallos prisiones se les llamaba "conventos". Las reservas femeninas de Moctezuma ascendían a mil, más o menos. Una vez elegida por el cacique, una de estas mujeres ya no podía casarse ni ser de otro. Y a menudo, ni el mismo Inca o cacique volvía a verlas. El que se atrevía a cortejar a una de estas infortunadas que, sin embargo, eran las más bonitas de la raza, perdían la vida y su familia era también exterminada. Imagínese la clase de prole que podía derivarse de este sistema de eugenesia. No faltan, sin embargo, agentes del comunismo contemporáneo, que en México y en el Perú suspiran por los métodos del comunismo indígena.

El lazo que unía a Moctezuma con sus feudatarios era de terror. Cada rey comarcano dejaba en rehenes en la capital hijos, parientes, amigos.

Nadie podía presentarse ante Moctezuma sin haberse descalzado y desprovisto de galas. El código no escrito de las reverencias aztecas y los tratamientos, no tiene igual en la literatura del servilismo. Al llegar ante Moctezuma, el visitante hacía una primera reverencia y pronunciaba: Señor. Avanzaba unos pasos y a la segunda reverencia decía: Gran Señor. Había otra

tercera reverencia y se tenía que hablar en voz baja con la cabeza inclinada. En igual forma llegaba cada indio ante cada uno de los que ejercían autoridad. Los vocativos usados en el trato con los superiores, eran toda una gradación de la más baja y cautelosa servidumbre. A tal punto que todavía nos queda en el carácter a los mexicanos, esa subconsciente abyección que hace no se pueda hablar en la presencia de un funcionario, sin anteponerle el Señor. Señor Presidente... Señor Gobernador... Señor general... Hasta "Señor gendarme" decimos en México —me observaba una ocasión con sarcasmo doloroso el historiador Pereyra. En España, en Colombia, en la Argentina, en los países habituados a la dignidad crónica, se dice el Presidente y se dice el Rey, y con el título basta. Entre nosotros se habla todavía en voz baja y se estudia el vocativo con ancestral astucia temerosa. Pues así viven los pueblos en que la vida está a merced del que manda.

Y sobre nuestro carácter pesa aún el gran peso de un aztequismo que no hemos podido liquidar.

LA RELIGION DE LOS AZTECAS

Las ideas religiosas de los mexicanos parecen corrupción de algún culto superior, probablemente el de los legendarios toltecas. El cielo azteca era una idealización del régimen pretoriano que dominaba la sociedad. Todos los pueblos construyen así lo trascendente conforme a lo que les da su realidad; salvo cuando aparecen los videntes verdaderos, cuya misión es construir valores que contradicen y superan a la realidad.

También en donde no hay cristianos, hay cesarismo; donde no se reconoce al Dios inmortal, se fabrica la caricatura de lo divino, según la ufanía de lo humano. Y la religión, que es en esencia amor, se convierte en terror. El Dios principal de los aztecas era una especie de Moctezuma en grande o Jefe Máximo sanguinario, a quien llamaban Huichilobos y cuya imagen describe Bernal Díaz en el pasaje transcrito en capítulo anterior. Su alimento era de corazones crudos. Los brazos y las piernas de las víctimas se los comían los militares aztecas, los sacerdotes.

Teóricamente, sin embargo, había un Dios más alto, un poco olvidado y perdido en la nebulosa de las tradiciones orales. Se llamaba, según Sahagún, Tezcatlipoca; era invisible y caminaba por los cielos, la Tierra y el Infierno. Cuando pasaba por la Tierra se producían desastres y calamidades. Y se supone que incitaba a la guerra a unos pueblos contra otros, sin duda para que el verdadero Jefe Máximo de todos los Dioses, el insaciable Huichilobos, no careciese de víctimas para el sacrificio. Se supone, además, que gobernaba el mundo y otorgaba o quitaba la prosperidad. Conceptos filosóficos sobre la divinidad, no los había, ni podía haberlos, dado que no existía el lenguaje escrito; no se había conquistado el dominio de la palabra, que es el instrumento del concepto.

A Quetzalcoatl, el Dios humano y atrayente de la antigua religión azteca, lo habían echado fuera del territorio. Y no lo perdonaron ni en la Mitología, pues allí aparece cargado con la humillación de barrer los caminos por donde habían de pasar los otros dioses; por eso se le llamaba también Dios del Aire. No se le estimaba porque no había matado a nadie. Los misioneros se empeñaron en hacer de este Dios un prototipo de humanidad y un símbolo de las artes civilizadas. Los indios vestían a Quetzalcoatl con una mitra adornada de plumas de quetzal, rostro ennegrecido, camisa de piel de tigre, aretes de mosaico y collares de oro. Los españoles creyeron que la leyenda de Quetzalcoatl recordaba el paso de algún misionero cristiano, establecido entre los indios varios siglos antes de la llegada de Hernán Cortés. Según la leyenda indígena, Quetzalcoatl había gobernado algunos reinos, educando a la población en las artes de la paz pero los fieles de Huichilobos lo habían expulsado.

La lucha Quetzalcoatl-Huichilobos se convierte de esta suerte en resumen y símbolo de la Historia de México. Cada vez que aparece un Quetzalcoatl lo expulsan del gobierno como al antiguo, o lo nulifican por el descrédito, como se hizo con Don Lucas Alamán, que pudo haber cambiado los destinos del México independiente, o lo matan como a Francisco I. Madero. ¡En cambio, largos periodos estériles, inicuos, sobreviven bajo el signo de Huichilobos el caníbal!

Practicaban los aztecas la confesión y se aplicaban penitencias brutales, como perforarse la lengua con agujas de maguey. Se imponían ayunos y en las festividades, numerosas según el calendario, danzaban interminablemente ante los ídolos, acompañados de cornetillas o chirimías y de tamboriles de madera, teponaxtles.

En suma, es tiempo de proclamar sin reservas, que tanto la azteca como las civilizaciones que la precedieron, formaban un conjunto de casos abortados de humanidad. Ni los medios técnicos de que disponían, ni la moral en uso, ni las ideas, podían haberlas levantado jamás, por sí solas.

El único medio de salvar pueblos así decaídos es el que emplearon los españoles, el mestizaje legalizado por la Bula Papal que autorizó los matrimonios de españoles y nativos. Y con el mestizaje, la sustitución total del alma vieja por un alma nueva, mediante el milagro del cristianismo. El hecho de que tenemos en México tantos millones de indios, no debe apesadumbrarnos, siempre y cuando la tendencia castiza subsista, o sea el empeño de hacer del indio un europeo por el alma, un cristiano, y no un pagano con paganismo de salvajes. Al contrario, el indianismo que pretenden retrotraer el pasado, devolvernos a lo indio, es una traición a la patria que, ya desde la Colonia, dejó de ser india.

Por eso siempre hemos hablado de *incorporar el indio a la civilización, es decir, al cristianismo y a la hispanidad*. ¡Y a fin de que todos nuestros hijos unidos disfruten de un México totalmente regenerado de su aztequismo; incluso, se entiende, los indios y los hijos de los indios!

LOS CHICHIMECAS

Los pueblos que no saben crear valores y defenderlos, no merecen otro destino que la esclavitud. Los chichimecas llegaron insolentes. Y se dedicaron a tiranizar a las poblaciones degeneradas del viejo Anáhuac. Los chichimecas traían organización militar; es decir, una parte de la población pesaba sobre la otra, la envilecía, la explotaba. No conocieron los chichimecas indus-

tria, vivían de la caza y la guerra y las exacciones sobre los vencidos. El contacto con los restos de la civilización tolteca los suavizó un tanto, tan sólo para que los hijos pagaran los delitos de los padres, viéndose dominados por la brutalidad de los aztecas.

OLMECAS Y OTOMIES

Formaban la base de la población de Anáhuac a la llegada de los chichimecas. Su origen es desconocido, pero parece que precedieron a chichimecas y toltecas. Han sido los otomíes el equivalente del fellah de Egipto, residuo humano miserable de una serie de conquistas de las que siempre son las víctimas. Gleba de la cual echaron mano chichimecas y aztecas, españoles y mexicanos, para el trabajo de la tierra, para las faenas más penosas. De allí han salido los tamemes, bestias humanas de carga inhumana. Su mismo lenguaje es inferior, *aun al azteca*.

LOS TARASCOS

Rivales de los mexicanos, no les aventajaban en civilización. Demostraron habilidad para las Bellas Artes; disposición que se desarrolló ampliamente cuando un educador de la talla de Vasco de Quiroga fundó entre los michoacanos escuelas de industrias y galería de pinturas con telas europeas; fabricación de lacas con procedimientos importados de China, etc. Lo anterior a la conquista es, por supuesto, insignificante. Los tarascos se rindieron a Cortés a consecuencia de la derrota de los mexicanos. El Rey Tarasco fué gran amigo y protegido del Conquistador.

LOS TLAXCALTECAS

Se cree que eran una tribu más avanzada de la raza chichimeca. No por eso dejaban de ser salvajes y crueles, según se ve en el relato de la Conquista. Parece que se hallaban ya establecidos en la meseta cuando llegaron los mexicanos.

LOS TOLTECAS

Sin confirmación histórica alguna se dice de los toltecas que fueron una raza procedente del Nuevo México, el antiguo Tollán. Su peregrinación hacia el sur comienza por el año 596 de nuestra era. (Véase Clavijero, Libro segundo). Después de hacer alto en diversos sitios se establecieron en las cercanías de la ciudad de México, en lo que hoy se llama Teotihuacán, cuyas ruinas se supone son restos toltecas. Construcciones bastante pobres, según puede verse en el día, se trata de ornamentaciones elementales, con talla tosca en granito como la gran serpiente de la base del templo que todo turista admira. Las pirámides no son como las egipcias, creación independiente sobre la llanura, sino montículos naturales revestidos de graderías, coronados de adoratorios y plataformas, todo tan primitivo como lo maya de que se habla en otro capítulo. La tierra era pobre; ésta es una de las causas esenciales del fracaso de la civilización en el Nuevo Mundo. Las grandes civilizaciones se dan a la orilla de los grandes ríos; no los hay en la meseta. En la costa existen grandes ríos; pero son como los de la selva amazónica, tan grandes y tan ingobernables, que más bien destruyen que alimentan la obra humana. Por dondequiera que se le mire la América tiene su tesoro en el trópico y todavía no ha sonado la hora del trópico. Pero la América de antes no es otra cosa que miseria, aun en los supercivilizados toltecas, aun en los tan anunciados señoríos de los mayas.

Entre los aztecas, se atribuía a los toltecas el descubrimiento del maíz. Esto, desde luego, es falso, porque los mayas tienen su propio mito del maíz según el Popol Vuh, y más al sur había maíz sin necesidad de los toltecas. Pero la palabra tolteca llegó a ser sinónimo de aristocracia, pues mejor que las demás naciones indígenas desarrollaron los toltecas las artes, el tallado de las piedras, la orfebrería, la agricultura. En Astronomía también, los toltecas parecen haber logrado nociones que acaso sirvieron de base para que los aztecas ideasen su calendario. No practicaron los toltecas los sacrificios salvajes de los aztecas; de otro modo, no hubieran podido prevalecer cuatrocientos años.

pero decayeron, desaparecieron, por la misma razón porque desaparecían todas las culturas del Nuevo Mundo, por falta de continuidad y herencia y por las distancias desoladoras. El aislamiento mataba a los más bien dotados, y lentamente, toltecas y mayas decaían, llegaban a la condición de los chichimecas. Triunfaba la barbarie, por falta de renovación en el medio. En Europa y en Asia la competencia de los pueblos, el contacto y la lucha creó el proceso de la historia. En América no hubo historia, hubo estancamiento. La soledad en el Continente vasto, inclemente, entristecía a las poblaciones; el recelo las llevaba a la destrucción, nunca a la colaboración. La fuerza era la única ley; no hubo creadores de religión; no hubo profetas... no hubo sino soldados... de Norte a Sur, de Oriente a Poniente... Y un pueblo que sólo tiene soldados es un pueblo de antemano vencido. Las guerras, ya se sabe, las ganan las poblaciones libres, civilmente organizadas...

La contribución más seria de los llamados toltecas a la cultura del continente y del mundo es el mito de Quetzalcoatl. Quizás no es ni tolteca ni siquiera indígena. Por algo se habla de un Dios extranjero. No se sabe de dónde vino; para los españoles era uno de los apóstoles del cristianismo, perdido en tierras americanas. Para los indios era una ilusión y un remordimiento. El único caso de gobernante civil que había organizado el trabajo sobre bases equitativas, había mejorado las industrias y había dado a los hombres un reflejo del mensaje de amor de Jesucristo.

Lo expulsaron las tribus, lo vencieron los guerreros, lo vejaron los comedores de corazones crudos, y Quetzalcoatl, decepcionado, se marchó de la tierra azteca, como tantos que han querido regenerarla, en vano.

La desaparición del conato de cultura que fueron los toltecas se ha querido explicar por causas materiales, pérdidas de cosechas, guerras. Mucho más sencillo es explicarla por la misma causa porque desaparecieron las civilizaciones maya-quichés. Por la falta de renovación. El esfuerzo colectivo sólo se sostiene merced a la aparición intermitente de aristocracias del espíritu. Un hombre extraordinario, un Moisés, levanta de pronto el nivel de todo un pueblo. Y hace falta una cadena de profetas

para mantener vivo el espíritu. En la India encontramos toda una sucesión de Budas, de filósofos y hombres de religión, todos ejercitando el mando. En Europa desde el cristianismo, constantemente ha triunfado el alma, se han sucedido los equipos selectos; conforme a la bondad, los santos; conforme a la inteligencia, los filósofos. En América hubo un Quetzalcoatl y lo aniquilaron. Cada vez que aparece un Quetzalcoatl, el medio se levanta y lo arroja, lo aplasta. Las culturas en América no se heredan unas a otras; se aíslan. Y dentro de cada cultura aislada, tan pronto como cesa el influjo de un grupo selecto, una generación despejada, la masa otra vez predomina y el rebajamiento general llega a los horrores que presenciaron los españoles de la conquista. Pirámides de cráneos humanos en vez de arquitectura artística. Y en vez de esperanza, temor; en vez de amor, reverencia de esclavos.

¡Cuando un pueblo llega a tal condición, de todos los ámbitos del orbe se levanta un clamor de venganza y castigo. La espada de Cortés derribando ídolos, pisoteando a los sacrificadores de hombres, satisface ese clamor, tranquiliza la conciencia de la humanidad!

Con los toltecas, quienesquiera que ellos hayan sido, se ausenta del territorio mexicano el influjo de Quetzalcoatl, Dios del Aire, Ariel americano. Y se quedaron, desde entonces, los pueblos aborígenes sumergidos en la noche, hasta que llegó a despertarlos la esperanza dolorosa que fué la Conquista.

LOS MAYA-QUICHES

Acaso la más importante de las civilizaciones del Nuevo Mundo; nada se sabe en concreto del origen o la historia de los pueblos que construyeron los templos y ciudades cuyas ruinas magníficas cubren una extensión que va de Tabasco a Guatemala y Honduras. Cuando llegaron los españoles, todos estos monumentos estaban ya en ruinas y los naturales no sabían una palabra de quienes seguramente eran sus antecesores. Problema irresoluble para los arqueólogos es determinar las causas de la total desaparición de estos imperios como unidad política. Se

han aducido razones físicas, inundaciones y plagas, epidemias de paludismo, decadencias de cultura que, por estar aisladas, van perdiendo a sus clases directoras, en tanto que la masa degenera sin esperanza. En la historia de Europa vemos que los pueblos se salvan de la decadencia, por influencias exteriores; un pueblo que predomina, como el griego, como el romano, y también por obra de creadores de cultura; inventores religiosos, profetas que reviven la ley moral o las ideas; o por conquistas y descubrimientos técnicos que han ido transformando las condiciones sociales. Nada de esto hubo, por lo menos de un modo continuado en el Nuevo Mundo. Lo más verosímil es, por lo mismo, que un simple descenso de los valores morales haya determinado la decadencia rápida y el olvido de lo que fué un apogeo.

Si juzgamos por el documento que constituyen las obras de arte es fácil deducir del estudio de las ruinas las causas de la desaparición de dichos Estados. El apogeo maya nos lo señalan monumentos como el Caracol en que se supone se observaban los astros, y las pirámides en que se desarrollaban las ceremonias públicas, los patios de los juegos deportivos; en seguida, cuando llegamos a las calzadas y patios decorados con falos, se comprende que ya no podía sostenerse una sociedad así envilecida. Proceso semejante se observa en algunas ruinas de la India asiática; en su descenso, allá también la divinización de la sexualidad señala el fin. Pero en la India hubo siempre impulsos espirituales nuevos, reformadores religiosos que creaban nacionalidades nuevas al lado de las que perecían. Este proceso es el que falta en América; por eso los españoles hallaron, no sólo civilizaciones en ruinas, sino un pueblo muerto para el espíritu de un extremo a otro del continente.

Según Huntington, en su obra "Civilization and Climate", modificaciones climáticas habrían determinado la decadencia maya-quiché. Pero si hubiesen existido razas de primera en la zona de las ruinas mayas, fácilmente se habrían trasladado al altiplano guatemalteco o al mexicano. Y no hay huellas de una emigración que hubiera tenido que ser gradual constructiva. Además, no quedaron despoblados los territorios mayas; toda-

vía están poblados por los restos de las razas que construyeron los monumentos. Lo más admisible es, entonces, que sólo en motivos de índole moral debemos buscar la causa de estas descomposiciones colectivas.

Hubo un imperio maya-quiché, cuyo apogeo coincide con la dominación de Mayapán. No es probable que los mayas tuvieran relación con los toltecas del altiplano. Su civilización parece no haber pasado de la costa. La escritura maya-quiché era de carácter pictográfico, a que no llegó la cultura nahoa. Ni parece demostrada la influencia de las razas del altiplano sobre los mayas. La penetración azteca se produjo mucho más tarde, poco antes de la llegada de los españoles. Se pensaba antes, que los mayas eran razas antiquísimas, pero las investigaciones más recientes han ido avanzando las épocas y hoy, según Spinden, se juzga que todo el desarrollo se produjo entre setecientos y novecientos años antes de la llegada de los españoles.

El arte decorativo y la arquitectura de los mayas impresionan más que ningún otro de América por la singularidad de sus motivos, pero, desde luego, no puede compararse en importancia lo maya con lo egipcio ni lo indostánico. Eran pueblos de segunda los mayas junto con los demás de América, y ello se comprueba con el examen de sus escrituras, sus libros sagrados y de crónicas. Léase el Popol Vuh con toda la buena voluntad del mundo y se verá que no pasa de un tartamudeo sobre las causas primeras representadas por gigantes absurdos, y todo alrededor del "descubrimiento del maíz" y sobre hipótesis infantiles acerca del modo de funcionar de los elementos. Una religión mágica y no de las más avanzadas en su género.

**SOBRE LA PROCEDENCIA DE LAS
RAZAS AMERICANAS**

Nada se sabe de cierto acerca del origen de las poblaciones americanas. Tres hipótesis se disputan la atención: la del origen autóctono; la de la Atlántida y la del parentesco asiático. Entre todas, la última es la más generalmente aceptada. En las tradiciones de los aborígenes de México aparecen series de emigraciones de Norte a Sur. Los estudios antropológicos demuestran parentesco entre el cráneo del indio y el de las razas siberianas; el estrecho de Behring, con sus islas, sería el puente natural, y Asia habría sido para América lo mismo que lo fué para Europa, la cuna de todas sus razas. La población de la América del Sur estaría, asimismo, formada por los que siguieron adelante, hasta el extremo del continente. Y, por lo menos de los aztecas y de los maya-quichés, se encuentran rastros hasta en el Sur de Colombia.

Los partidarios del origen autóctono se fundan en la existencia de una especie de ritmo racial que va de la meseta andina a la costa. El hombre de Tiahuanaco sería el primero, y los demás, variantes suyos. La aparición de una raza humana desligada de los otros continentes parece, sin embargo, una hipótesis aventurada. Caso de existir razas positivamente autóctonas, su existencia podría explicarse remitiendo la relación con Europa a un pasado muy remoto en que la comunicación se hubiese operado, ya sea por un continente intermedio como la Atlántida; ya sea por proximidad material, si se acepta la hipótesis de Wegener acerca de que en un principio formaban una sola masa todos los continentes.

Lo que la tradición indígena relata lo refiere Sahagún. Se hablaba del desembarco en las cercanías de Pánuco, en el golfo de México; los huastecos, de este modo, serían el primer es-

tablecimiento de tribus que avanzando hacia el sur por la costa, llegaron a su apogeo en la región maya. Otra parte de esas mismas tribus se habría dirigido al altiplano para formar los núcleos de población nahoas que ya encontraron los aztecas. Por su parte, los aztecas hablaban de las siete cuevas o Chicomostoc, un lugar situado al Norte, y que había sido el punto de partida de diversas emigraciones. Todas las tribus habían venido del Norte y todas referían su origen al sitio fabuloso de las siete cuevas.

Partiendo de las siete cuevas, los aztecas se establecieron primero en Aztlán, otro país de leyenda, país de garzas blancas, y, más tarde, en la región de los Lagos. Hay —dice Pereyra— una huella lingüística desde Utah, Nevada y Colorado, que pasando por México llega hasta Guatemala y Nicaragua. Confirmaría esta huella la existencia de una corriente de Norte a Sur por el Pacífico, quizá la corriente asiática procedente del estrecho de Behring. Y México, por su configuración, habría venido a ser la confluencia de las emigraciones noroccidentales y las nororientales.

Una fusión de estas corrientes y razas habría creado la dominación de los nahoas que, según Selser, abarcaron en el siglo octavo de nuestra era, todo el territorio mexicano hasta las fronteras de la civilización maya quiché de Yucatán, que también habría florecido por esa misma época. Nada de todo esto pasa, sin embargo, de la conjetura.

Por otro lado, la geología coloca las tierras andinas americanas y parte de las Rocalosas entre las más antiguas del planeta. Y esto ha sugerido a pensadores como Keyserling, que son, en realidad, las razas aborígenes del Nuevo Mundo, las más antiguas de la tierra y que el mundo llamado nuevo es una especie de momia histórica y ceniza de continentes. La profunda apatía del indio parecería indicar una raza vieja y gastada, más bien que una casta primitiva. La imaginación a falta de teorías científicas, ha llegado hasta suponer que en el Nuevo Mundo estuvo la cuna del hombre y que de aquí partieron, de por la región maya, todas las razas que más tarde habrían de crear civilizaciones como la egipcia. De esta suerte es como ciertas

sectas teosóficas conjeturan sobre la raza de los Atlantes que sería la fuente de egipcios y mayas. Todo lo cual es novelesco más o menos. Y respecto a lo maya se sabe que ni es tan antiguo como lo egipcio, ni tiene la menor relación con la cultura africana.

Geográficamente, el territorio americano es pobre, el más pobre de todos los continentes si se exceptúa la zona tropical y la región amazónica. Pero dentro de la técnica que hasta hoy ha empleado la civilización, las tierras de América son inferiores a las de Europa, inferiores también a las del Asia. Sin duda esto ha influido en el hecho de que no se desarrollasen en América grandes culturas. Los grandes ríos están en lugares de clima muy cálido, como la costa de México y las de Colombia, Venezuela y Brasil, o están en lugares muy fríos como el San Lorenzo, el Hudson, el Delaware. Los indios de la región norteamericana no pudieron crear cultura porque no contaban con el carbón de piedra para los diversos usos de la calefacción y la industria.

Las viejas culturas del mundo antiguo se desarrollaron a lo largo de ríos en que había descenso de temperatura. En esos períodos de descenso, el frío era tolerable como en el Nilo, escaso como en el Eufrates, el Tigris, el Indo. Ni un solo río en estas mismas condiciones hay en América. Lo cierto es que las civilizaciones precolombinas se quedaron reducidas a lo elemental. Y que América es un continente sin pasado.

El presente americano, que es todo yankee, se debe a dos factores: el gran río, los grandes ríos: el Hudson, el Delaware, y la aplicación del carbón de Pennsylvania a la industria en grande.

El futuro de América será nuestro si logramos conservar soberanía sobre nuestros territorios, porque el futuro es de las regiones tropicales, cuando la técnica moderna acabe de dominarlas. Entonces quizás la cultura del mundo llegará a tener su centro en el continente olvidado que fué América, en la zona amazónica, que es la mayor reserva de riquezas y de extensión de todo el planeta.

A causa de esto último resulta legítima la visión de todos los que han concebido a la América hispánica como el continente del futuro.

Y en él la raza que, fundiendo en sí los mejores elementos de la humanidad toda, y haciéndose un alma, ya no nacional sino cósmica, construya la cultura final de la historia, en torno a una Metrópoli en las bocas del Amazonas que se llamará Universópolis, eje y corona de todos los pueblos.

Y de solera racial portuguesa, lo que es legítimo si se considera que fueron los portugueses los primeros que se lanzaron a la conquista de playas y océanos.

LA COLONIA

*Antonio de Mendoza, el Primer Virrey.—Los descubrimientos.—
La Administración.—La Minería.*

Quiso la Providencia que con el triunfo del Quetzalcoatl cristiano que fué Cortés, comenzase para México una era de prosperidad y poderío como nunca ha vuelto a tenerla en toda su historia. Del hombre extraordinario que supo llevar adelante la obra de la conquista se puede decir como el más cumplido elogio, que era digno sucesor de las empresas y aun de los sueños de Don Hernando. La gran figura del Primer Virrey Don Antonio de Mendoza llena una época.

Tras un breve período de desgobierno y dificultades creadas por los gobernadores que dejó Cortés al salir para Honduras, el Estado español nombró la primera Audiencia, en diciembre de 1527.

La España de entonces, civilista y civilizada, no mandó a las tierras acabadas de conquistar un gobernador militar a que hiciese más odiosa la dominación; ni siquiera al propio Cortés le confió autoridad plena, sino apenas, como dice Pereyra, una especie de Virreynato nominal, y con encargo de seguir adelante sus exploraciones marítimas y continentales. Repugnaba a la gente libre y orgullosa de entonces, el tipo del general que manda por la razón de que triunfó en la guerra, pues el triunfo guerrero sólo es razón de mando para los pueblos sometidos, envilecidos. El mando se lo dió la gran Administración española de la época al grupo de magistrados que componían el Tribunal de la Primera Audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, Juan Ortiz de Matienzo, Diego Delgadillo, Alonso de Parada y Diego Maldonado. Algunos de estos Oidores murieron antes de tomar

posesión; tres de ellos gobernaron y fracasaron. Sustituídos en seguida, México vió llegar por fin al gobierno a dos hombres eminentes: El Obispo de Santo Domingo, don Sebastián de Fuencarral y Don Vasco de Quiroga, nombrado más tarde Obispo de Michoacán, en donde se reveló como educador eximio. Estos dos hombres —dice Pereyra— prepararon la obra de Mendoza, junto con otra fuerza moral de primera importancia, la del Primer Obispo de México, el franciscano Juan de Zumárraga.

Dar el principal obispado a un fraile de santa vida, dice Pereyra, encerraba un plan político. Ese plan era de Cortés y de los conquistadores. Otorgar los puestos eclesiásticos a religiosos de buena vida y ejemplo, era la única manera de ganarse a los indios para la conversión. En el capítulo sobre educación pública se menciona algo de la labor de Zumárraga.

Lo que por el momento queremos hacer notar es que empezaron a venir de España hombres de primera para la importantísima labor de crear un país que había de ser núcleo del Imperio de Ultramar. Se contaba, al efecto, con una capital como México, que era ya la ciudad de mayor población entre las de habla española de la época. Más o menos doscientos mil habitantes contaba México cuando Madrid tenía únicamente cien mil.

En la capital, como en todo el resto del país, Cortés había de ser el iniciador de toda grandeza. Con su genio de fundador de Imperios, Cortés dió a la ciudad nueva los rasgos que todavía hoy conserva. Y las sucesivas administraciones españolas hicieron en ella más de lo que hacían por Madrid, según hoy mismo puede verse comparando la arquitectura de ambas ciudades. Construidas por la misma época las dos, hay más riqueza, más tono imperial, en los edificios de la capital de la Nueva España, que en los de la Madrid cortesana.

Y el progreso no se limitaba a lo material; también triunfaban las prácticas humanas y las instituciones cultas se consolidaban. Así, por ejemplo, siendo todavía Cortés Capitán General, llegaron a la Nueva España cédulas reales prohibiendo la esclavitud de los nativos y ordenando que fuesen todos tratados como "vasallos libres", igual que los de Castilla. No llegó a

cumplirse del todo esta cédula porque ya se habían consumado repartimientos entre los más poderosos conquistadores, el principal de ellos el repartimiento de Cortés que se opuso a la medida; pero quedaba sentado el principio en la ley. Contra una esclavitud de hecho y no de derecho fué más fácil a los misioneros desarrollar sus campañas ardientes, y en la mayor parte de los casos, victoriosas, en favor de los indios. Cabe recordar al respecto que el iniciador del sistema de encomiendas fué Colón, que, como se sabe, padecía de avaricia y tenía espíritu negrero. Por otra parte, no se podía prescindir de algún sistema de trabajo colectivo. La tarea obligatoria de la Rusia comunista, se traduce en una gran encomienda en que la masa trabaja en beneficio de los militares y los burócratas, por medio de coerciones que no le piden nada a los métodos de la Colonia; no carecen los del Soviet, ni de los perros amaestrados para destrozarse a los prófugos, y que los españoles por desgracia usaron contra los indios. No tratamos, por supuesto, de defender el sistema de la encomienda, sino de explicarlo como medida de emergencia y como abuso que se consideró necesario para impulsar el trabajo de las minas especialmente. Sin el trabajo forzado, el indio se habría aislado y la organización de la vida económica de la Colonia se habría retardado. De todos modos, es justo observar que los mismos españoles, que crearon el sistema de encomienda, en seguida, antes de que nadie los obligara a ello, protestaron de su crueldad y empezaron a combatirlo. Y si se compara la encomienda más cruel con el modo como hacían trabajar a sus esclavos, tanto aztecas como tlaxcaltecas, ya como tamemes, ya como siervos de la gleba, todavía se tendrá que reconocer que el indio mejoró con la conquista.

La política de escoger para el gobierno de la Nueva España hombres casi santos comienza con la Segunda Audiencia. De suerte que el Virrey Mendoza ya no tuvo sino que continuar el programa iniciado por los Oidores y llevar adelante las instrucciones que traía de Madrid. Pero la ejecución de tan vasta empresa demandaba extraordinarias capacidades y una rectitud inflexible.

Descendía Mendoza de ilustre linaje; uno de sus abuelos era el célebre poeta, el Marqués de Santillana. Su hermano Diego Hurtado de Mendoza escribió la "Historia del Levantamiento de los Moriscos". Su hermana Doña María de Padilla fué heroína de Toledo en el levantamiento de los comuneros. No formaba parte Mendoza de esa aristocracia vasalla que más tarde habria de prostituir la administración. No debía su posición a servicios personales prestados al Monarca como cierta nobleza de Cámara, sino a servicios prestados al Estado, en condiciones de igualdad con el Rey. Los Reyes de la época estaban habituados al lenguaje altanero de los súbditos, como cuando el Cardenal Cisneros se acaloró en discusión con la Reina Isabel y ésta reclamó: "¡Mirad con quién habláis!" Y Cisneros repuso: "Hablo a la Reina de España, un puñado de polvo como yo".

Grandes fueron las facultades otorgadas al Virrey, "por encima de Capitanes Generales y de Gobernadores y Adelantados y para que todos obedezcan y cumplan sus mandatos" dice la provisión respectiva. Expresamente quedó establecido que Cortés quedaba sujeto a la autoridad del Virrey y uno de los primeros encargos de éste fué, "pedir cuentas a Cortés y hacerle el censo de sus esclavos". Las principales instrucciones de Mendoza eran: Informar sobre el estado de la propagación de la fe; hacer censo de las vidas y ciudades, tanto de indios como de españoles; estudiar el problema de la tributación, y, si era posible, aumentar su tasa, debiendo pagar con trabajo personal en las minas, los que no pudieren hacerlo en especie. Respecto de la ciudad de México se le encomendó la fortificara a efecto de consolidar la conquista; asimismo, se le ordenó fortificar a Veracruz y mejorar su puerto.

Desde su desembarco empezó Mendoza a poner en obra sus instrucciones, deteniéndose en Veracruz para disponer lo necesario. Recibido en México con pompa real, por una sociedad que ya era dispendiosa y amiga del lujo, él, sin embargo, dió ejemplo de porte modesto y vida consagrada a las exigencias de la administración. Con rectitud ejemplar resolvió las cuestiones pendientes. Y no se limitó a consolidar lo ya ganado, sino que to-

mó en seguida bajo su dirección, la obra de las exploraciones por los territorios del Norte.

Cortés y Nuño de Guzmán habían llevado exploradores españoles hasta las riberas del río Yaqui, en Sonora. Por el noreste, la Florida seguía siendo tierra incógnita. Pánfilo Narváez, después de fracasar contra Cortés, había regresado a España y de allí organizó una expedición a la Florida. Tras de muchas peripecias y sufrimientos quedó deshecho Narváez. Cabeza de Vaca, que lo acompañaba, consumó la increíble hazaña de atravesar los territorios que hoy son Texas y Nuevo México para ir a dar a Sinaloa donde las gentes de Nuño de Guzmán lo apresaron con sus dos acompañantes y lo mandaron a México. Los informes de Cabeza de Vaca entusiasmaron a Don Antonio de Mendoza, que comisionó a Fray Marcos de Niza para que explorase hacia el Norte, partiendo de Culiacán, donde se hallaba a la sazón. Del relato de Cabeza de Vaca y las noticias vagas que mandó Marcos de Niza, surgió la leyenda de Cibola y las Siete Ciudades, que tanto sedujo la imaginación de la época.

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA (1)

Uno de los más interesantes ejemplares de humanidad que han pasado por territorio mexicano es este Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Descendía de abolengo que data del siglo doce. Martín Alhaja, fundador de la estirpe, colocó un cráneo de vaca como señal, en uno de los pasos de la sierra en la guerra contra los moros, salvando así los ejércitos del Rey de Navarra: de allí su apodo.

Nació Alvar Núñez Cabeza de Vaca en Jerez de la Frontera por el año de 1487. A los dieciocho años se alistó para el servicio en Italia y estuvo en la batalla de Rávena. Participó en la revolución de los comuneros y a la derrota de éstos permaneció varios años en la obscuridad. En 1527 vivía en Sevilla y fué nombrado tesorero de la expedición de Narváez a la Florida. Gozaba fama de honrado, valeroso y bueno. Al llegar Nar-

(1) Tomamos esta relación del libro de Carlos Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas*. 1936.

vázquez a Cuba comisionó a Cabeza de Vaca para que fuese a obtener provisiones a Trinidad. Allí lo cogió un huracán que acabó casi con el puerto; los dos navíos que llevaba quedaron deshechos. En noviembre de 1527 lo recogió Narváez. Después de costear a Cuba, otro huracán arrojó a los expedicionarios a tierras de Florida. El 25 de abril de 1528 Narváez entró a la Bahía de Tampa y tomó posesión de la tierra en nombre de España. Explorando tierra adentro, no hallaron sino penalidades agravadas por la hostilidad de los indios.

Con el objeto de ganar la tierra de los apalaches, Narváez tomó la decisión malaventurada de mandar la flota por la costa y de internarse con su gente. Cabeza de Vaca parece haberse opuesto a esta decisión. Lo desafió entonces Narváez diciendo que "si tenía miedo podía irse con los de la flota". Repuso Cabeza de Vaca que "antes de ser tachado de tímido prefería arriesgar la vida y salvar así su honor".

Una de las mujeres de la expedición pronosticó el mal fin de la empresa, asegurando que el adivino moro Hornachos se la había revelado desde Sevilla. La flota partió a cargo de un tal Carvallo. Cien hombres y diez mujeres casadas iban en los navíos. La mujer adivina advirtió a las mujeres que dejaban marido en tierra, que se apresuraran a tomar otro esposo porque nunca volverían a ver a los que quedaban, y al fin de convenirlas, ella misma dió el ejemplo, tomando nuevo marido.

Los navíos siguieron por la costa un año, en espera de Narváez, y al final de cuentas llegaron a la Nueva España.

Narváez, ansioso de hacer algo distinguido, se internó en busca del territorio de los apalaches, con cerca de trescientos hombres. Llegaron a ella después de atravesar el río Swance, en junio de 1528. Y en vez de oro y riquezas hallaron chozas miserables, por lo que hoy es Tallahasee. En la región había algunas provisiones y pocos habitantes. Los indios salvajes los asaltaban a menudo. En uno de estos asaltos murió Don Pedro, antiguo príncipe de Texcoco, indio mexicano que acompañaba a los españoles en su aventura. Se enfermó Narváez y desalentados todos llegaron a la Bahía de Apalaches en busca de los navíos.

Al no hallar rastro de ellos decidieron fabricar embarcaciones, pero careciendo de madera, de clavos y herramientas, no pudieron hacer sino unas canoas de cuero de venado. Con las camisas improvisaron velas y con cerdas de las colas de los caballos, cables. En tres barcas así improvisadas se repartió la gente. Narváez iba en la mejor. Siguiendo la costa llegaron a Mobila donde les fué imposible hacer desembarco a causa de la hostilidad de los naturales. Siguieron navegando hasta la desembocadura del Mississippi. Allí la corriente los alejaba de tierra. El viento separó los navíos. En la costa se advertían preparativos hostiles de los indios. La barca de Cabeza de Vaca se quedaba atrás, por lo que pidió a Narváez, que llevaba buenos remeros, que lo auxiliase. Narváez declaró que "había llegado el momento de que cada quien se salvase como pudiese". El hambre, la sed y la fatiga tenían postrados a los navegantes.

Vientos y mareas los arrojaron por fin en un punto de la costa próxima a Gálveston. Arrastrándose, llegaron a una cañada donde hallaron sembrado maíz, y agua. Para calentarse, encendieron fuego. A corta distancia vieron una aldea indígena. Al amanecer los rodearon los indios examinándolos con curiosidad y dándoles alimentos. Extrayendo de la arena su barco, decidieron seguir adelante rumbo a Pánuco, pero estaban ya sin fuerzas para remar; el frío les producía calambres. Se hallaban, dice la relación del mismo Cabeza de Vaca "desnudos como cuando nacieron". Náufragos cayeron otra vez en la costa. Volvieron los indios y al verlos en aquel estado "comenzaron a lamentarse con tal sinceridad que su ulular duró media hora y se escuchaba a distancia". "Y era raro —dice Cabeza de Vaca— ver a estos hombres salvajes aullando como brutos a consecuencia de nuestros infortunios".

Los acompañantes de Cabeza de Vaca, que habían estado en Nueva España, temían que los indios los apresasen para llevarlos al sacrificio. Pero Cabeza de Vaca les hizo confianza y pidió a los indios que los llevaran a su pueblo. Esto lo hicieron los naturales con buena voluntad y aun les dedicaron festejos. Allí mismo supieron los españoles que otro grupo de la embarcación de Dorantes se había salvado, en días anteriores, en la

misma costa de Gálveston. Pronto se reunieron estos con los de Cabeza de Vaca.

No desistían de su empeño de dirigirse a Nueva España, que ya denominaban "tierra de Cristianos". Pero no pudieron reparar la embarcación y se quedaron en Texas todo el invierno. Sumaban en total los naufragos alrededor de ochenta personas. Pronto los indios se cansaron de regalarles alimentos y el hambre comenzó a torturarlos. Algunos de ellos, dice la relación, "cayeron en el canibalismo". Los indios, entonces, quisieron matarlos. Una epidemia apareció entre los naturales y no faltó quien culpara de ella a los recién llegados. Pero Cabeza de Vaca explicó que también muchos españoles habían muerto de la peste. Entonces exigieron los indios que los españoles los curasen. "Y nos hicieron doctores —dice Cabeza de Vaca—, sin haber pasado examen". Ante la amenaza de que los dejaran sin alimentos, Cabeza de Vaca se decidió a hacerla de curandero. Pasaba las manos sobre los enfermos y echándoles el alimento rezaba con sinceridad, Padre Nuestros y Ave Marías. "En seguida, haciéndoles la señal de la cruz, dejaba que el Dios misericordioso hiciese al resto". ¡Con sorpresa advertía que muchos curaban de esta manera!

Los indios de la isla Malhado bajaron en el Otoño a comer ostiones. Los españoles habían sido repartidos entre distintas tribus en condición de verdaderos esclavos. Cabeza de Vaca se hallaba tan enfermo que se creyó no sobreviviría. Un grupo encabezado por Dorantes logró embarcarse rumbo a Pánuco. Cabeza de Vaca quedó prácticamente abandonado. Un año pasó con los indios de Malhado. Le trataban con brutalidad. Pero le permitían ausentarse en cortas excursiones. Lo que lo indujo a ejercer de comerciante ambulante, haciendo trueque de conchas de mar, plantas medicinales, ocre para pintar el rostro y flechas. No se decidía, sin embargo, a alejarse definitivamente, "porque quería rescatar a un cristiano, Lope de Oviedo, que aun quedaba en la isla de Gálveston".

Por fin, a los seis años de permanecer en la región, Cabeza de Vaca marchó con Oviedo atravesando el Río Brazos, el San Bernardo y el Caney. En la llanura encontraron unos in-

dios que les echaban lodo en la cara, pero les informaron que por allí habían pasado los de Dorantes y que otros españoles habían sido muertos por los indios. En una de sus jornadas hallaron a Dorantes y fué ese —dice Cabeza— “uno de los días más felices de nuestras vidas”. Escapando a los indios llegaron a la región del Río Grande o Río Bravo. Allí uno de los españoles, Castillo, curó a los indios de unas jaquecas y, en recompensa, les dieron a comer carne de venado, por lo que “dieron las gracias a Dios cuya merced y favor aumentaban cada día”.

Al cabo de muchos meses, cambiando de tribu, llegaron a la zona de Del Río. La fama de Cabeza de Vaca como curandero corría entre los indios. Tomando hacia el norte pasaron por lo que hoy es San Antonio. En algunos lugares los recibían con festejos. Regresando por el rumbo de Del Río, Cabeza de Vaca tuvo que practicar una operación quirúrgica, extrayendo la punta de una flecha del cartílago del corazón de un indio.

Caminando hacia occidente llegó Cabeza de Vaca a Presidio, hoy Paso del Norte. Acompañaban a Cabeza de Vaca el español Castillo y el moro negro Estebanillo. Siguieron lo que hoy es Socorro, de Nuevo México. Y entraron a Sonora. En Culiacán los recogieron las autoridades y los enviaron a México, donde, como ya se ha visto, Cabeza de Vaca logró interesar al Virrey Mendoza en las exploraciones de la Quiribía.

La carrera de Cabeza de Vaca, sin embargo, comenzaba apenas. De regreso en España pidió concesión para volver a Florida, pero ésta había sido dada a Hernando de Soto. Resuelto a volver a América obtuvo, por fin, el mando de una expedición que practicó exploraciones en el Río de la Plata. Figuró por el Paraguay en conspiraciones y combates, y en cadenas regresó a morir a España, siempre esforzado y bondadoso. Un noble representante del español de la época heroica del Nuevo Mundo.

NUÑO DE GUZMAN

En cambio, Nuño de Guzmán fué un destructor que la mala fortuna llevó a presidir la Primera Audiencia. Abusando en ella de su autoridad inició conquistas de territorios que ya estaban conquistados, como Michoacán. Otros realmente los descubrió aunque después de asolarlos.

El Rey de Michoacán, Calzontzin, amigo y aliado de Cortés, se había bautizado. Al acercarse Nuño de Guzmán a Tzintzunzan, la capital tarasca, Calzontzin salió a recibirlo con grandes halagos. A pesar de eso, Nuño de Guzmán, poco después, lo mandó prender, le exigió tesoros y se lo llevó prisionero hacia el Norte

En Cuitzeo, después de vencer a los indios de la región que le opusieron resistencia, Nuño de Guzmán dividió a su gente mandando al capitán Chirinos hacia el Oriente y dirigiéndose él con rumbo de Tonalá. La expedición de Chirinos pasó por Zapotlán y llegó a lo que hoy es Lagos y en seguida a Zacatecas, que halló desde entonces, región pobre y poco poblada.

Otra expedición al mando de Oñate siguió la ruta de la costa del Pacífico. Un hermano de Oñate fundó a Guadalajara. Para llegar a Etzatlán, punto donde debían reunirse todos con Guzmán, hubo de atravesar Oñate con su escasa gente una zona tan pedregosa y llena de bosques y peligros que los naturales, "asombrados de aquel esfuerzo, ya no se atrevieron a resistir a los españoles". Siguió adelante Oñate por Ixtlán para descubrir que ya se le había adelantado por aquel rumbo, Francisco Cortés, un primo del Conquistador. Incorporándose Oñate a Nuño de Guzmán, siguieron todos juntos hasta Santiago Ixcuintla, donde el cacique los recibió generosamente. Cerca de allí fundaron la capital de provincia que todavía hoy se llama Compostela. Desgraciadamente, el arrojamiento de aquellas tropas lo deshonraba Nuño de Guzmán con sus abusos entre los pueblos. Tanto es así que su paso por los territorios que había pacificado Francisco Cortés, provocó una sublevación de los indios. Centenares de pueblos perecieron incendiados sin motivo alguno, aunque la mayoría de estos incendios eran resultado del hábito

guerrero de los indios que acompañaban a los españoles en sus expediciones, a los que no siempre podían dominar, siendo tan reducido el número de los peninsulares.

Combatiendo a cada paso y atravesando ríos crecidos, llegó Nuño de Guzmán a Acaponeta, que halló muy poblada. Después de cometer sus acostumbradas depredaciones, se dirigió hacia el Norte y fundó a Culiacán. Allí supo Nuño de Guzmán que Cortés se hallaba de regreso en México y decidió presentarse él también a la capital donde ya lo esperaba el juicio de residencia que lo obligó a trasladarse a España. Chirinos quedó encargado de continuar hacia el Norte y en su avance descubrió los restos del naufragio de la expedición que Cortés había enviado a California. El río Yaqui fué quizás el límite de las conquistas de Oñate y su gente.

En resumen, al llegar Mendoza a México, el país se hallaba ocupado ya y dividido como sigue:

Gobernaba a Guatemala el Adelantado Don Pedro de Alvarado; a Yucatán el Adelantado Don Francisco de Montejo; en la Nueva España gobernaba la segunda Audiencia y en Nueva Galicia, Nuño de Guzmán. La Florida se hallaba todavía sin dominar y sus límites eran indeterminados.

A la salida de Mendoza, el reino había crecido por el Norte, pero lo que es más importante, la dominación española se había creado un sistema, se había hecho perdurable.

LA ADMINISTRACION

Las primeras ordenanzas de Mendoza fueron para "el buen trato de los indios que trabajaban en las minas". También reglamentó la fabricación del carbón vegetal con el objeto de evitar talas inmoderadas de los bosques. Fundó una orden de caballería reservada a los indios principales que fuesen "honrados y buenos cristianos". Ordenó que ya no se aplicase la marca de hierro a los indios. Estableció un Colegio de Indios en Tlaltelolco. Inició la formación de las naos o galeones para la conducta del oro directamente a La Habana y España. Inició el cultivo de la morera y el gusano de seda. Dictó leyes para moderar el lujo,

el despilfarro de los ricos de la capital, reglamentando el uso de la seda y brocados.

Entre las amarguras de la carrera de Mendoza estuvo la necesidad de suprimir una rebelión de negros. Se habían introducido éstos en número considerable procedentes de las Antillas. Eran apreciados porque se afirmaba que "un negro hacía el trabajo de cuatro indios". Según parece, aprovechando que la capital se hallaba escasamente guarnecida, proyectaron algunos negros un golpe de mano en el cual confiaban los ayudarían los indios. Denunciada la conspiración, hubo una matanza general de negros. En seguida se obtuvo de la Corona una cédula de que ya no se introdujesen negros en México.

EL REAL DE MINAS

Tocó a Mendoza la gloria de ver aparecer el real de minas, como institución económica regular y básica del país nuevo. Los conquistadores de la Nueva Galicia fueron los descubridores de las principales minas de Zacatecas a Guanajuato. "El conquistador de indios —dice Pereyra (México. Hist. de la América Española)— dejaba el campo y le sucedía el conquistador gambusino, fundador de reales".

El real era el campamento en que se establecían y fortificaban los mineros, armados de barretas para perforar la roca y de arcabuces para defenderse de los indios merodeadores. Zacatecas, Proaño, Fresnillo, Nieves, Sombrerete, San Martín, Nombre de Dios y Durango, surgieron de 1546 a 1563. Una inscripción ha conservado "la emoción de los descubridores de minas": "Año de 1540 día de la Natividad de Nuestra Señora, encontré estas minas de Zacatecas, yo Joanes de Tolosa, y el año de 1548, día del Señor San Sebastián, yo, Baltasar Terminiño de Bañuelos, en estas minas, etcétera... se descubrió la veta de San Bernabé, que fué la primera veta de plata que se descubrió... etc." Casos semejantes ocurrían por los desiertos del Norte y por el Sur. En el corazón de la Nueva España se desataba también la fiebre minera con la explotación de Taxco, Sultepec, y Temascaltepec en 1549, y en 1551 con la de Jacala

y el Encino de Pachuca. En 1549, se descubrió la veta de la Luz, en Guanajuato, y entre 1571 y 1578 se encontraron la Barriga de Plata de Guadalupe y la Purísima de Catorce.

Y como para consumir el éxito de todos estos descubrimientos, Bartolomé de Medina ideó el procedimiento de beneficio de patio que transformó la industria de la minería en el mundo. Los reales de minas debían ayudar al proceso de ocupación del norte del país, por Nuevo León y Coahuila, Chihuahua y Nuevo México. Pronto México se convertiría de país desconocido de la Historia, en uno de los emporios del mundo. El destino mexicano quedó ligado a dos aventuras: la de las conquistas y los descubrimientos de tierras y la de las bonanzas de la minería. En el carácter de los habitantes quedaría también impresa una condición, a la vez arrojada e irreflexible, audaz y fatalista según conviene al que vive situaciones aleatorias y riesgosas. El tono heroico de la vida, se acentuaba con la evidencia de que interviniendo un poco el azar, podía el hombre levantarse a las mayores alturas del poderío, la riqueza y la fama, o bien podía hundirse en la más negra miseria, como tanto conquistador en desgracia, como tanto minero en bancarrota. Se hizo en aquel momento México un centro de las artes, las ciencias, los descubrimientos técnicos, como el sistema de patio, y todo por virtud de cierta ley según la cual, vemos que la prosperidad atrae a una región a los mejores de cada generación, a los aventureros más esforzados, a las capacidades más despejadas. Así se sucedieron en América las bonanzas nacionales del México de Don Antonio de Mendoza; la California de la primitiva ocupación yankee, el Klondike de Alaska.

Pero antes que los emporios modernos anglosajones, México fué el emporio latino de la minería del mundo, a donde acudían con los españoles, peritos italianos, franceses, irlandeses, holandeses, alemanes. En México se formó de esta suerte la generación de técnicos de la minería que más contribuyera al desarrollo de las explotaciones metalúrgicas de la América del Sur. Pues en lo de adelante, el mexicano sería ante todo, minero. Minero por el oficio y por el alma entusiasta de lo azaroso y ambiciosa de boato y grandeza.

La misión, que era a la vez templo y unidad de cultivo y escuela; el presidio militar, que era garantía guerrera y la mina que improvisaba riquezas, he ahí las tres unidades de la organización nacional durante la Colonia. De las dos primeras, ha quedado un símbolo en la plaza de cada pueblo, a saber: el cuartel y la Iglesia. El Municipio, por su parte, nos recuerda las libertades tradicionales de Castilla y el poder civil que se sostenía con el tributo de las minas.

VÁZQUEZ DE CORONADO

A fin de tomar posesión de la ciudad de Cibola, que Marcos de Niza aseguraba haber visto a distancia, el Virrey Mendoza comisionó al nuevo Gobernador de la Nueva Galicia, Francisco Vázquez de Coronado, para que tomase el mando de una expedición formal. Tanto era el entusiasmo despertado por esta empresa, que Mendoza pensó ponerse en persona al frente de los descubridores. Por fortuna, a la postre el Virrey se conformó con llegar hasta Compostela para despedir a su lugarteniente Vázquez de Coronado. También Cortés solicitó dirigir la empresa, y habiéndose opuesto el Virrey, de su peculio fletó tres buques, que partiendo de Acapulco se dirigieron a las costas del Norte, al mando de Francisco de Ulúa.

La expedición de Coronado salió de Compostela con rumbo a Culiacán, en marzo de 1540. Acompañaban a Coronado los religiosos Marcos de Niza y Juan de Padilla y muchos hombres prominentes de la Colonia. Llegando por lo que hoy es Arizona y Nuevo México, pasaron los expedicionarios grandes apuros a causa de la escasez de víveres. En Cibola no hallaron sino casas de dos o tres pisos, pero muy pobres. Un indio apodado El Turco insistía en que, camino adelante, se hallaba Quiribia. De esta provincia se contaba que era tan rica, que el Señor de ella dormía la siesta bajo un árbol de cuyas ramas pendían campanitas de oro. Se hablaba de un río muy ancho y surcado constantemente por grandes canoas con distintivo de águilas de oro.

Inmensas llanuras fué todo lo que se halló, y en ellas tribus nómadas, pobres y poco numerosas, y por ganado unas va-

cas y toros del tipo que llamaban cibolos y que eran nativos de la región. Dejar establecida la existencia de esta vasta región geográfica fué todo el fruto de la costosa expedición, de la cual regresó Coronado para ya no figurar más.

El religioso Juan de la Padilla se quedó por el nuevo territorio con el propósito de evangelizar a los indios, pero a poco fué muerto a flechazos por los bárbaros. Algunos compañeros suyos, atravesando por Texas, lograron regresar por el rumbo de Pánuco.

La expedición naval de Cortés produjo el fruto de haber levantado la primera carta geográfica de los mares occidentales de México.

LA MUERTE DE ALVARADO

En ausencia de Vázquez de Coronado, había quedado de Gobernador de Nueva Galicia el licenciado Pérez de la Torre. Y ocurrió a fines de 1538 una sublevación de indios, en la provincia de Xochitepec, que pronto se extendió por toda la comarca. En uno de los primeros combates contra los sublevados quedó muerto el Gobernador De la Torre, y le sucedió Don Cristóbal de Oñate, uno de los capitanes de Nuño de Guzmán y compañero de sus descubrimientos. Calmada por él la primera insurrección, a poco estalló otra más temible, que redujo de pronto a los españoles a la sola ciudad de Guadalajara. Antes de que llegara de México el auxilio necesario, se presentó en el puerto de Navidad, Pedro de Alvarado, el antiguo capitán de Cortés y Adelantado de Guatemala. Se dirigía con más de once navíos a explorar la California. Requerido para que diese auxilio, desembarcó con sus tropas, llegando a Guadalajara el doce de junio de 1541. Con su habitual arrogancia, desoyó las advertencias de Oñate y se lanzó con poca gente al asalto de Nochistlán. Tan aventurado era el paso, que Oñate, hombre prudente, salió detrás, para socorrerlo en caso necesario. Y en efecto, fué rechazado Alvarado con grandes pérdidas. Cuando se retiraba, acosado por los indios, el caballo de uno de sus soldados rodó arrastrando a Alvarado a un barranco. Allí, mal